7052

G. MARTÍNEZ SIERRA

La mentira piadosa

COMEDIA EN TRES ACTOS

DE

Francis de Croisset y Abel Tarride

ADAPTACIÓN CASTELLANA

PROPIEDAD

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Núñez de Balboa, 12

1906

LA MENTIRA PIADOSA

COMEDIA EN TRES ACTOS

DE

Francis de Croisset y Abel Tarride

adaptación castellana de

G. MARTÍNEZ SIERRA

Estrenada en el TEATRO DE LA COMEDIA la noche del 24 de Octubre de 1906

MADRID

G. VELASCO. IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.°

Teléfono número 551

1906

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
CONDESA JUANA DE CHANLUCE (24 años).....	Sra. Pino.
HORTENSIA DE RANDIER (29 años).....	Srta. Oria.
ENRIQUETA DE PREMIERE (30 años).....	Sra. Martínez.
LA BARONESA (32 años).....	Lasheras.
MARQUESA DE CHANLUCE (50 años).....	Caro.
GABRIELA (18 años)..	Srta. Abad.
FRAÜLEIN.....	Quijada.
GERARDO, marqués de Chanluce (49 años).....	Sr. García Leonardo
RENÉ, conde de Chanluce (27 años).....	Calvo.
PABLO (22 años).....	Llano.
CARLOS DE PREMIERE (35 años).....	Gonzálvez.
EL BARÓN (42 años).....	Ramírez.
FERMÍN.....	Acuña.

Apuntadores: Ambrosio P. Liquiñano y Antonio Vico

ACTO PRIMERO

La escena representa un rincón de parque. A la izquierda una mesa rústica con libros, revistas y papeles

ESCENA PRIMERA

GABRIELA, PABLO en trajes de tennis, entran con FRAÜLEIN y bajan al primer término

GAB. ¡Y van cuatro! Eres muy torpe. No sé cuantas veces has dejado caer las raquetas.

PABLO ¡Claro! Como lo llevo yo todo...

GAB. Lo llevaré yo, si te parece. Tú eres el hombre ¿no? pues entonces, no seas *maula*.

FRA. (Acento alemán.) La palabra maula, no estar una palabra para señorita.

GAB. Bueno, Fraülein. (A Pablo.) ¿Qué estás ahí esperando? Anda á poner la red.

PABLO ¿Vamos á jugar al tennis con este calor?... Es una locura. ¿Por qué no esperamos á que se ponga el sol? El suelo está que arde.

GAB. ¿Quieres mi sombrilla?

PABLO Eres muy poco amable.

GAB. Mi genio, hijito.

PABLO Tú *pose* de mal genio.

GAB. Tú te tienes la culpa. ¿Por qué dijiste el otro día delante de mí que á los hombres no les gustan de veras las mujeres más que cuando son un poco marimachos? (Pablo levanta los brazos al cielo.)

209924

FRA. La palabra marimacho, no estar una palabra para señoritas.

GAB. Bueno, Fraülein.

PABLO Hace ocho días que estás insoportable.

GAB. Tú no eres el que tienes que decírmelo.

PABLO Soy tu novio.

GAB. Por lo mismo. Podías esperar á ser mi marido.

PABLO Haces cuanto puedes para ponerme de mal humor.

GAB. ¡Ay, hijo mío! puedo mucho más.. ¿Qué haces ahí sin preparar el tennis? ¿Por qué miras el reloj?

PABLO Me parece que el mail tarda en volver.

GAB. ¿Estás impaciente?

PABLO No; pero como guía Carlos y se da tan mala maña...

GAB. Estás intranquilo por Juana de Chanluce...

PABLO (Turbado.) Yo, ¿por qué?

GAB. Porque estás enamorado de ella.

PABLO Ni por asomo. Y en todo caso, no lo digas tan alto que está ahí su marido.

GAB. ¡Ah! ¿Le tienes miedo? No te apures. No te oye. Está trabajando con mi hermana.

PABLO Es verdad. Está con Hortensia. ¿Qué gusto le saca á pasarse el día trabajando con René?

GAB. Se muere por ello. Le prepara el trabajo. Esta noche le ha copiado lo menos cien notas. (Pablo vuelve á mirar el reloj.) ¿Otra vez? Eres inaguantable. ¿Por qué no la has acompañado, ya que no puedes vivir sin ella?

PABLO Estás loca. Te juro que no.

GAB. No jures. Si no tengo celos. Haces muy bien. Vives á dos pasos de aquí: vienes cuando quieres. Juana es muy bonita. Su marido hace vida de fraile, siempre metido en sus librotes... Ella necesita distracciones. Pero lo que es contigo, no ha tenido muy buena mano.

PABLO Merecerías que le hiciese la corte.

GAB. Por mí, ya puedes empezar.

PABLO Eres una chiquilla.

GAB. ¡Miren el hombre!... ¿No te has mirado nunca al espejo? A los veintitrés años un hom-

RBC
MdU

bre es un niño, y tú eres ni más ni menos que una criatura.

PABLO ¿Una criatura, yo? ¡Infeliz!

GAB. No hay infeliz que valga. Cuando das un beso, no se te nota pelo de barba.

FRA. Señorita... no estoy autorizada... no puedo consentir...

PABLO No se me nota, porque me afeito todos los días... ¡Ea!

GAB. ¡Pablo!

PABLO ¿Se nota ó no se nota?

GAB. Bueno. Anda á poner la red.

PABLO ¿Sabes que me tratas como á un criado?

GAB. Para que te vayas preparando á ser mi marido.

PABLO Tienes un genio admirable. (Sale.)

ESCENA II

DICHAS, menos PABLO

FRA. ¡Oh señorita, cómo trata usted mal á don Pablo! ¿Es que usted no le ama?

GAB. Sí; pero desde hace unos cuantos días noto que hace menos caso de mí, y de sobra sé que para tener bien atadito á un hombre hay que... no hay que... en fin, yo me entiendo.

FRA. ¡Señorita!

GAB. Fraülein: los novios siempre la encuentran á una encantadora. Es pan comido. Y claro, al día siguiente del matrimonio, la gran desilusión... Yo, tengo mal genio antes, pero es para ser exquisita después. ¡Pablo se va á llevar una sorpresa! Me encontrará despampanante, y haré de él todo lo que se me antoje. Entiendo la vida.

FRA. ¡Vas mätchen!

GAB. ¡Vieja! ¡Bruja! Vamos á ver, ¿le gustaría á usted casarse con Pablo?

FRA. ¡Oh, señorita!

GAB. Vamos, que á mí ya puede usted confesarme sus preferencias.

FRA. (Bajando los ojos.) Yo, señorita... á mí, señorita... yo amo los hombres que imponen, los hombres de experiencia, los hombres que saben y no han necesidad de aprender, los hombres que han tenido aventuras, duelos... Conozco uno...

GAB. ¡Ah! ¿Quién?

FRA. El señor Artagnan.

GAB. ¿Quién?

FRA. El Mosquetero.

GAB. (Riendo.) Sólo las novelas ofrecen el héroe ideal á las doncellas casaderas.

FRA. ¡Las novelas! ¿Y el marqués Gerardo? ¿Es que su vida no es una novela? Todas las mujeres cuando le ven, le toman en amor. Es más joven que su hijo René. ¡Ah! ¡La marquesa de Chanluce debe ser bien dichosa!

GAB. Sí, ¡si quiere á su marido como á un hijo!

PABLO (Entrando.) Ya está arreglado el tennis.

GAB. ¡Ah!

PABLO Buena guerra me has dado.

GAB. ¡Qué lástima! ¡Gallina!

FRA. Señorita; la palabra gallina no ser una palabra para señoritas.

ESCENA III

RENÉ y HORTENSIA

HOR. Está muy bien.

RENÉ ¿De veras?

HOR. De veras. Es imposible interpretar mejor el espíritu del siglo XVIII. Su melancolía discreta, su alegría meliflua y como rota... ¡Admirable!

RENÉ ¡Si usted supiera cuánto me complace su elogio!

HOR. ¡Qué agradable es estudiar á dúo todas esas almas!... ¡Qué encanto vivir en esa atmósfera amorosa, aun tibia de perfumes de anta-

ño!... ¿Ha vuelto usted á leer el fragmento que descubrí ayer: «la decepción»?

RENÉ Sí; es delicioso... sí, delicioso. ¿Por qué se ríe usted?

HOR. Me río, porque ese fragmento me recuerda... después de todo, ¿por qué no decirlo? otra decepción amorosa, va á hacer ya cuatro años. Usted pidió mi mano.

RENÉ Es verdad... y al día siguiente era usted novia de otro.

HOR ¡Ay, sí! Cuando se declaró usted, ya mis padres habían decidido mi boda con el pobre Enrique... No le sirvió de mucho... Pensar que á estas horas podía usted ser mi marido: es decir, no, ya se habría usted muerto, puesto que soy viuda. ¡Qué tonterías digo! Vamos á ver. Tendremos que recoger los papeles, porque va á llegar todo el mundo. Estaremos más tranquilos dentro de casa, ¿no le parece á usted? Todavía le queda á usted mucho que trabajar.

RENÉ ¡Qué exquisita colaboradora es usted!

HOR. ¡Oh, colaboradora! Diga usted secretaria.

RENÉ No, no. Gracias á usted, gracias á su tacto de usted, á su buen gusto, á su indulgente paciencia, puedo terminar mi trabajo. A veces, desanimado, la miro á usted y en seguida me vuelve el aliento.

HOR. (Alegre.) Es verdad.

RENÉ Antes de que viniese usted á casa, estaba solo, abandonado á mí mismo, sin un consejo, sin una aprobación. Usted lo sabe; á mi padre y mi madre les sorprende más que les regocija una vocación que no entienden. Mis amigos son hombres de sport y no tienen tiempo que sacrificar á las letras, y... en cuanto á mi mujer...

HOR. Sí... Su mujer de usted es demasiado frívola para interesarse por sus aficiones de usted; demasiado mundana para vivir la vida que usted vive. (Pausa.) ¡Pobre amigo mío!

RENÉ Desde que está usted aquí he encontrado por fin alguien á quien confiar mis esperanzas y mis dudas... ¡Es tan agradable saber

que está usted aquí, á mi lado! Se acostumbra uno tan pronto á lo bueno, que me parece que ya no ha de marcharse usted nunca.

HOR ¡Por qué se casó usted!

ESCENA IV

DICHOS, PABLO y GABRIELA. (Todos miran hacia la derecha, por donde se supone que llega el coche.)

PABLO ¡Ya llega el *mail!* ¡Ya llega el *mail!*

GAB. ¡Hortensia, ya está aquí el *mail!* Guía Carlos. Ven á ver cómo da la vuelta... ¡Ajajá! Ya metió las ruedas en el césped.

PABLO ¡Los va á hacer volcar!

GAB. ¡Ah! Juana ha cogido las riendas.

PABLO Pero Carlos no quiere soltarlas. ¡Ya aplastó las hortensias!

GAB. ¡Se ha enganchado la rueda derecha!

PABLO Es tan torpe como celoso. ¡Los dos caballos de delante al suelo!

RENÉ ¿Por qué no se apean? ¡Bájate, Juana!

HOR. Pero, amigo mío, ¡no hay peligro ninguno!

PABLO ¡Muy bien! Eso es lo que había que hacer.

VOCES (Dentro.) ¡Bravo, Juana!

PABLO ¡Bravo, Juana, bravo! (Sale corriendo, seguido de Gabriela.)

ESCENA V

RENÉ, HORTENSIA, LA MARQUESA, JUANA, LA BARONESA, CARLOS DE PREMIERE, PABLO y GABRIELA

JUANA Buenas tardes. ¡Lo que es el amor propio! Si me hubiera usted dejado coger antes las riendas, hubiese salvado las hortensias de mamá.

CARLOS El jardinero tiene la culpa. Los caballos se han asustado de la manga de riego. Y además, si se hubiese apeado el lacayo... Pero no... estaba con la boca abierta oyendo las

modulaciones nuevas que Germán hacía con la trompa. (Risa general.)

JUANA (Riéndose.) Vamos, hubiese usted querido que el lacayo llevase los caballos de la rienda. ¡Bonita entrada!

PABLO Y uno se ha herido en la pata. ¡Buena la va á armar mi padrino! ¿Por qué no has sujetado el caballo?

CARLOS El jardinero ha tenido la culpa.

JUANA ¡Dale!

CARLOS ¡Naturalmente! Si en lugar de grava echase arena en las sendas, un caballo podría caerse sin inconveniente.

JUANA (Riendo.) ¿Arena? ¡Un colchón!

PABLO Gracias á que iba Juana, que si no... volcábais.

MARQ. Basta, Pablo. Estos son accidentes sin importancia que pueden ocurrirle á todo el mundo.

BAR. (A Hortensia.) ¿Mi marido no ha vuelto de su caza?

HOR. No le hemos visto.

JUANA (Muy alegre á René.) ¿Has trabajado mucho?

RENÉ Sí, estábamos acabando.

CARLOS De modo que dice usted... leche... huevos... canela...

MARQ. Eso es.

CARLOS Es admirable, admirable. Tiene usted que darle la receta á mi mujer. Me gustaría que se ocupase un poco de la casa. Así saldría menos.

JUANA ¡Qué idea! Enriqueta y yo no tenemos vocación de amas de casa. Para eso hace falta una vocación especial.

MARQ. Tienes razón. Ahora tenéis otras cosas que hacer mucho más divertidas que los platos de dulce. Eso se queda para las viejas como yo.

JUANA Empezando porque usted no es vieja. (La abraza.)

MARQ. Gracias, hija mía. (A Carlos.) Sí, querido Carlos, si yo me preocupo tanto por cuestiones culinarias, no es tanto por vocación como por prudencia. Mi marido es goloso como un

canónigo. Yo le quiero como el primer día. A mi edad, no puedo ya proporcionarle grandes goces. Justo es que le dé muchos placeres pequeños.

CARLOS Nuestros abuelos estaban en lo cierto al hacer ante todo de las mujeres buenas amas de casa. Ellas estaban orgullosas de su papel, ponían en cumplirle todo su amor propio. No hay más que dos cosas que impidan á una mujer honrada engañar á su marido; la religión y la cocina.

JUANA También el marido que le toque á una en suerte, contribuye bastante á la fidelidad; créamelo usted. (Se aleja.)

PABLO (Á Juana.) Juana, ¿quiere usted jugar conmigo un partido de tennis?

JUANA ¡Con el calor que hace!

PABLO No hace calor.

JUANA Y está usted sudando.

PABLO Es verdad. Es porque he corrido ahora mismo para salir al encuentro del mail. (Se limpia el sudor con un pañuelo.)

JUANA ¡Pero ese pañuelo es mío!

PABLO ¡Oh, perdón! (Se le mete vivamente en el bolsillo.)

JUANA ¿Cómo tiene usted ese pañuelo?

PABLO Es que...

JUANA ¿Es qué?

PABLO Se le cayó á usted anoche, después de comer... Entonces... le recogí.

JUANA ¿Por qué no me lo entregó usted?

PABLO Huele tan bien...

JUANA ¡No le da á usted vergüenza! ¿Qué diría Gabriela?

PABLO ¡Bastante me importa á mí Gabriela!

JUANA ¡Pero usted está loco!

ESCENA VI

DICHOS, GERARDO, en traje de montar á caballo, con ENRIQUETA, de amazona

GER. Baronesa, participo á usted que su señor marido ha dado muerte á dos patos y tres cercetas.

BAR. ¿Han encontrado ustedes á Edgardo?

ENR. Le hemos despertado. Estaba dormido en la carretera.

BAR.
JUANA } ¡No es posible!

GER. Cubierto de barro y en un estado lamentable. Enriqueta creyó que era un mendigo y le echó un realito.

MARQ. ¿Han paseado ustedes mucho? ¡Estás sudando!

GER. Es que hemos venido á galope, ¿verdad, Enriqueta?

ENR. ¡Ay, sí; pobres caballos, están en un estado! Hemos ido á galope todo el tiempo.

BAR. ¿Y mi marido, se ha marchado á casa?

GER. Ha ido á mudarse, pero ha dicho que enganchará el cesto y vendrá á buscarla á usted. Le hemos encontrado á tres kilómetros de aquí. Aún tardará en llegar... una hora larga.

BAR. ¡Si está ahí!

GER. (Aparte.) *¡Tableau!*

ESCENA VII

DICHOS y EL BARÓN

BARÓN (Entrando, á Gerardo.) Así me gusta. No habrán cansado ustedes mucho los caballos. ¿Han venido ustedes al paso? Yo he tenido tiempo de ir á mi casa, de mudarme, de venir, y me entero de que acaban ustedes de llegar. (Juana se echa á reir.)

GER. (Fastidiado.) Sí... ¿No lo había dicho? Hemos equivocado el camino. Hemos dado la vuelta por el molino, y... ¡claro! Tengo una sed, Elena...

MARQ. ¿Qué quieres beber? Diré que traigan soda.

GER. Sí... y luego ese refresco que has inventado tú... ya sabes.

MARQ. Fresa y naranja. Es una bebida que preparo yo misma. En seguida. ¡Ya lo ve usted, Carlos; un placer pequeño! (Sale.)

CARLOS ¡Santa mujer!

ESCENA VIII

DICHOS menos LA MARQUESA. (René y Hortensia, durante toda esta escena, están sentados á la mesa, trabajando.)

BARÓN (Obstinándose, á Gerardo.) ¡Vamos! ¡Me querrá usted hacer creer á mí que se ha equivocado de camino!

GER. ¡No acabará, no!

BARÓN Usted que conoce tan bien el terreno.

GER. (Ofreciéndole una silla.) Sí, sí; debe usted estar cansadísimo, ¿verdad?

BARÓN (Sentándose pesadamente.) ¿Yo? No.

CARLOS (Á Gerardo.) Amigo, tiene usted una mujer admirable.

GER. Ya lo sé.

CARLOS El tipo acabado de la mujer honrada.

GER. Distingo; de la mujer virtuosa.

CARLOS ¡Ah! ¿Usted encuentra diferencia entre las dos palabras?

GER. Ya lo creo. (Se aleja del marido para acercarse á Enriqueta.)

BAR. (Que sigue á Gerardo.) ¿Cuál?

GER. El distingo es demasiado... personal.

ENR. No importa. Díganoslo usted. Cuanto más personal, más divertido.

BAR. Sí; ¿á qué llama usted una mujer honrada?

GER. (Riendo.) Mujer honrada... es... la que no engaña á su marido más que conmigo.

BAR. (Alejándose.) Sí que es personal.

ENR. ¿Y mujer virtuosa?

GER. ¡Eso ya es más grave! Mujer virtuosa es la que por consideración á su marido, no se ha mostrado aún... amable conmigo.

ENR. Pero usted no habla más que de sí mismo.

GER. Es para no hablar nunca mal de nadie.

CARLOS ¡Já, já! Bravo. Tiene usted un humor envidiable.

GER. Puede pasar.

CARLOS Hay que confesarlo. Es usted más joven que todos nosotros.

BAR. Nadie le echaría á usted los años que tiene, ¿verdad?

BARÓN ¿Qué dices?

BAR. Que nadie diría la edad que tiene.

BARÓN ¡Nadie!... ¿Cuántos años tiene usted?

ENR. Es verdad. ¿Cuántos años tiene usted?

GER. Veinte, todas las noches.

ENR. ¡Ah! ¿Y por las mañanas?

GER. Quince y medio.

BARÓN Quince y medio más veinte... son treinta y cinco y medio. Pero tiene usted más.

CARLOS De todos modos es usted más joven que su hijo.

GER. ¡Ah, mi hijo! Hay días en que tengo que contenerme para no llamarle papá. Ríanse ustedes. Tengo el corazón lleno de sol. Es tan bueno vivir... Es tan bueno ser joven... sí... joven... Miren ustedes... algunas veces, por la mañana, cuando el aire está fresco y el cielo brilla, me parece que voy á vivir siempre, que la muerte no se ha hecho para mí. ¡Y pensar que hay gentes que se matan!

JUANA Han servido el refresco en el cenador. Tome usted, niño mimado. ¿Quién quiere jugar un partido de tennis?

PABLO Yo.

GAB. Y yo también.

PABLO (Mal humorado.) ¡Qué gracia!

JUANA (A René.) ¿No vienes al tennis?

RENÉ No. Tengo que corregir este capítulo.

JUANA (A Carlos.) ¿Tennis ó refresco?

CAR. Refresco.

JUANA (A Gerardo.) ¿Y usted?

GER. Yo acabo aquí mi vaso tranquilamente.

ESCENA IX

DICHOS menos JUANA, PABLO, CARLOS, ENRIQUETA y GABRIELA

GER. (A René.) ¿Vas á seguir trabajando? ¡Muévete un poco, caramba! ¡Respira, llénate de aire los pulmones, alégrate con mil demonios!

RENÉ (Sonriendo.) Papá, te suplico que no estés de... buen humor contra mí.

GER. Después de todo, allá tú. ¿Has encontrado ya título para el libro?

RENÉ *La melancolía en el siglo diez y ocho.*

GER. ¡Valiente título para el siglo del ingenio y de la alegría! (Sale Hortensia.)

RENÉ La alegría... es la leyenda, pero no la historia.

GER. Pero, hijo mío, de la historia no se recuerda nunca más que la leyenda.

RENÉ Prefiero la verdad. (René sale.)

ESCENA X

DICHOS menos RENÉ y HORTENSIA. Después LA BARONESA

GER. (Al Barón, que está dormido.) ¡La melancolía en el siglo diez y ocho! ¿Qué le parece á usted, Barón? (El Barón ronca ligeramente.) Sí, es una opinión como otra cualquiera.

BAR. (Entrando.) ¡Edgardo! ¡Edgardo!

GER. ¡Silencio! ¡Está dormido!

BAR. ¿Otra vez?

GER. No puede más. Le fatiga usted demasiado. Acaso exagera usted, Baronesa. ¡Marido feliz!

BAR. ¡Gracias, desertor! ¿Cómo está usted aquí solo? ¿Tan pronto la abandona usted?

GER. No la entiendo á usted.

BAR. Sí, sí; hace un momento por poco se deja usted coger.

GER. Le aseguro á usted...

BAR. ¡Oh! A mí ya no me engaña usted. Le conozco á usted demasiado. Hemos venido todo el tiempo á galope, todo el tiempo.... Llega mi marido y se descubre que han venido ustedes al paso. El flirt á caballo. ¡Plancha! Sea usted prudente; Carlos es celosísimo. Ya sabe usted que quiso batirse con Merisay cuando... cuando...

GER. ¿Con Merisay?

BAR. ¿Es que usted pretende ser su primer... flirt?

GER. Espero que no... Cuento con ello. He tomado informes. Porque, aunque parezca lo contrario, tengo mis escrúpulos... y no soy nunca el corruptor infame... No soy nunca el primero.

BAR. ¡Ah! Usted perdone... lo que es conmigo...

GER. Es usted adorable. (Le besa la mano.)

BAR. (Sonriendo.) ¡Impertinente! Sin embargo, tenga usted cuidado... ¡Si su mujer de usted se enterase!

GER. Tranquilícese usted. Hoy como ayer, mi mujer no sabrá lo que es conveniente que ignore... Siempre he sabido tener en cuenta sus susceptibilidades y respetar su felicidad. Es una maña como otra cualquiera. Además, en el presente momento histórico no puede enterarse de nada, porque nada ocurre.

BAR. Ya sabemos que es usted discreto... y .. ¡Ay! ¿Dónde está? Creo que le ha cogido mi marido... Espere usted... Tome usted. (Le entrega un sobre.)

GER. ¿Qué es esto?

BAR. Es... (Cantando bajito.) «Para obligarle á usted á pensar en mí.. »

GER. (Abriendo el sobre.) ¡Su retrato de usted! ¡Usted que me le ha negado tantas veces!

BAR. He querido dársele á usted en el momento en que otras muchas mujeres piden que se le devuelvan.

GER. (Cariñosamente.) ¡Oh, Cristina!

BAR. ¡Cuidado!

GER. De sobra sabe usted que no despierta nunca.

BAR. Cuidado, que viene. ¡El amor ha muerto, viva el amor! (Se aleja un poco.)

ESCENA XI

DICHOS, ENRIQUETA y CARLOS

GER. (Viendo entrar á Carlos y Enriqueta.) Paseando, ¿eh?

ENR. Sí; mi marido viene haciéndome una escena.

CAR. Perdón... yo no acostumbro á hacer escenas.

BAR. Vamos, hombre, despierta.

BARÓN ¿Qué?... ¿Qué pasa? Sigan ustedes, sigan, que les oigo. Decían ustedes...

GER. No decíamos nada.

BARÓN (A Carlos. Se levanta.) ¿Viene usted al billar? Le doy á usted doce tantos de ventaja.

GER. Sí, sí; jueguen ustedes una partidita.

CAR. Un momento... Sermonee usted un poco á mi mujer. Tiene usted muchísima influencia sobre ella. (A media voz.) Francamente, en muchas ocasiones Enriqueta falta á la dignidad.

ENR. ¿Es que volvemos á empezar, Otelo?

BAR. (Riendo sin querer.) Venga usted, Carlos, venga usted á hacer perder á mi marido... Hoy va usted á tener una suerte loca. (A Enriqueta y Gerardo.) Hasta ahora.

GER. (Aparte.) La confianza de ese marido celoso, es casi un insulto.

ESCENA XII

ENRIQUETA y GERARDO

GER. Buenas tardes, señora.

ENR. Muy buenas, caballero.

GER. Deme usted la patita.

ENR. Aquí está.

GER. La otra.

ENR. La otra.

GER. Señora, la amo á usted.

ENR. Caballero, yo á usted... no le ôdio.

GER. Entonces, ¿un abrazo?

ENR. ¡Eso no!

GER. ¡Ah!

ENR. ¿Con usted hay que abrazar á las primeras de cambio?

GER. Es un modo de saludarse como otro cualquiera.

ENR. ¡Si le oyese á usted mi marido!

GER. Ya está tan celoso, que no sufriría mucho más.

ENR. Es verdad: está enfermo de celos.

GER. Engañémosle. Tal vez así se cure.

ENR. Pero, ¿por qué tiene usted tanto empeño en engañarle?

GER. Para poder quererla á usted con conocimiento de causa.

ENR. ¿No tiene usted bastante con un flirt discreto?

GER. La palabra flirt no es de mi tierra. (Pausa.) ¿Por qué me mira usted así?

ENR. ¡Cuántas mujeres han debido pasar por esos ojos! ¡Si al menos estuviese segura de que me quiere usted!

GER. Créalo usted, puesto que yo se lo aseguro.

ENR. ¿Y si no es verdad?

GER. ¡Qué importa si usted se lo cree!

ENR. ¿De modo que confiesa usted...?

GER. ¡Silencio! La quiero á usted, no sé por qué, pero la quiero. Tiene usted ojos de niña. Ojos castos. Labios puros también. Hay en usted un encanto virginal, algo blanco, límpido. Al mirarla á usted, parece que se quema uno el corazón con nieve. Es usted el tipo de la mujer honrada bonita. ¡Rarísimo!

ENR. Si soy una mujer honrada, ¿por qué me hace usted la corte?

GER. ¡Eso no tiene nada que ver! Es usted una mujer honrada predestinada á tener amantes.

ENR. ¡Amantes nada menos! ¡Me gusta la desfachatez!

GER. ¡Yo no he de dudar siempre! ¡Después de mí... el diluvio!

ENR. (Riéndose.) ¡Insolente!

ESCENA XIII

DICHOS, JUANA. Después RENÉ

JUANA — Enriqueta, ¿quieres jugar al tennis en mi puesto? Yo ya estoy cansada. Tengo calor.

ENR. — El tennis y yo, no hacemos buenas migas.

JUANA — ¿Han visto ustedes á mi marido?

GER. — Está trabajando, hijita, trabajando.

JUANA — Con Hortensia, ¿verdad?

ENR. — ¿Celitos tenemos?

JUANA — No: estaría celosa si pensase en ello. No pienso nunca. Pero...

ENR. — ¿Hay un pero?

JUANA — No; pero, en fin. (Yendo hacia la mesa.) ¡Ay! dichosos papeles. Son insoportables.

GER. — ¡Eso sí!

JUANA — ¡Papeles, papeles por todas partes! (Los revuelve.)

RENÉ — (Entrando.) ¡No me revuelvas eso! (Gerardo se acerca á René. Las dos mujeres hablan.)

GER. — (A René, que coge unos libros.) ¡Deja esos papeles, caramba! Paséate un poco. No sé qué me da verte pasar todo el santo día besando la zapatilla de Madame du Barry, ó llorando sobre el chaleco de Luis XVI. (Le golpea el hombro amistosamente y vuelve á acercarse á Enriqueta.) Vámonos, señora. Vamos á dar una vueltecita á orillas del estanque. Dejemos á estos enamorados. Juana, abraza á tu marido. Hasta luego. (Salen Gerardo y Enriqueta.)

ESCENA XIV

JUANA y RENÉ

JUANA — (Después de una pausa, á René que revuelve sus papeles.) René.

RENÉ — (Sonriendo.) ¿Qué quieres?

JUANA — ¿Te marchas?

RENÉ — Es que voy... voy á trabajar.

JUANA Quédate aquí.

RENÉ (Amable.) ¿Tienes algo que decirme?

JUANA (Vacilando, sin amargura.) Sí... Es decir, no. Pero no hace falta tener un motivo de conversación, para que estemos un rato juntos, ¿no quieres?

RENÉ Sí quisiera. Pero ya sabes cuánto me convendría que saliese cuanto antes el libro. Ya va muy retrasado... El tiempo es precioso.

JUANA ¿Y yo?

RENÉ Hay tiempo para todo.

JUANA Por eso no importa que gastes un poquito conmigo. ¿Te ríes? Ven á dar un paseo. ¿No? ¡Ay qué hombre! Mírame. Hasta lo blanco de los ojos se te va poniendo amarillo de tanto mirar libros viejos. (Nerviosa.) Deja esos papeles. Siéntate aquí. Oyeme. Tengo que hablarte en serio.

RENÉ ¿En serio? (Sonriendo.)

JUANA ¿Te asombras?

RENÉ Un poco.

JUANA Muchas gracias.

RENÉ ¿Te has ofendido?

JUANA Naturalmente. «En serio.» Repítelo. «En serio.»

RENÉ Perdón. No creí que á todas tus muchas y buenas cualidades, pretendieses añadir la seriedad. Pero, puesto que tú lo dices...

JUANA Te burlas.

RENÉ ¡Dios me libre! Me asombro, tú lo has dicho, me asombro nada más.

JUANA ¡Claro! Como, según tú, para ser persona razonable, no hay que reirse nunca...

RENÉ No tanto.

JUANA Y hay que pasarse el día estudiando vejeces, con el ceño fruncido. Pues, hijito, ya que sabes tanto, has de saber además que la seriedad puede ser de muchas, de muchísimas clases; triste, risueña, superficial, profunda...

RENÉ Como la tuya.

JUANA Justo, como la mía; de tan profunda como es, tú no la habías visto... Pero ya la irás viendo. Y puede que te guste más que la

tuya, porque como no frunce el ceño, no se le hacen arrugas en la frente; y como sonríe á menudo, se le ven los dientes bastante blancos, ¿eh? (Sonríe y se apoya en el hombro de René.)

RENÉ No hay nada que pedirles.

JUANA No te rias.

RENÉ Sonrio, siguiendo tus consejos.

JUANA Eres un mamarracho.

RENÉ Ahora soy yo el que da las gracias.

JUANA Bueno. Siéntate. Vas á responder sincera, pero sinceramente á lo que te pregunte.

RENÉ Ya sabes que yo no miento nunca.

JUANA Vamos á ver... René... ¿No te disgusta... de veras, de veras no te disgusta que no esté yo más tiempo á tu lado?

RENÉ (Muy tranquilo.) ¿Por qué? No.

JUANA Es que me preocupa, ¿sabes? Tengo, algunas veces, así como remordimiento.

RENÉ Te aseguro que no.

JUANA (Riendo y pataleando.) Sí, sí; te disgusta, lo sé.

RENÉ Te aseguro...

JUANA Quiero que te disguste, quiero que me digas que te disgusta.

RENÉ Si está perfectamente. Tiene que ser así. Es natural que prefieras tus diversiones á mi trabajo.

JUANA ¡Mis diversiones!

RENÉ ¿No vas á decirme que no te diviertes?

JUANA Me divierto. ¡Claro que me divierto! Pero no me divierte divertirme sola.

RENÉ ¿Sola?

JUANA Sin tí.

RENÉ ¡Vamos!

JUANA ¡Sin tí, sin tí! Y me da mucha rabia, porque después de todo, tú te quedas en casa porque quieres; pero no lo puedo remediar. Cuando estoy más contenta, más animada, con más gente, con música, con ruido, corriendo en automóvil por esas carreteras, bailando, divirtiéndome, como tú dices...

RENÉ ¿Sólo yo?

JUANA Bueno, como dice todo el mundo... ¡divirtiéndome!... de repente me acuerdo de que tú

estás aquí, sentado en esta mesa, tragando letras como una máquina, y... ¡adiós diversión! Es ridículo, ya lo sé. Es decir, no es ridículo.

RENÉ ¿En qué quedamos?

JUANA En que es triste (Transición.) porque yo me tengo la culpa. ¡No digas que no! Sí. Porque hasta ahora no he procurado comprenderte, interesarme por lo que te interesa... no he querido creer en tu talento. Hasta me he burlado algunas veces... pocas.. pero en fin, de tus aficiones que, después de todo, no son propias de un hombre de nuestra clase. He hecho mal. Me arrepiento.

RENÉ No tienes por qué arrepentirte. No te echo nada en cara. No tienes tú la culpa. La tiene tu carácter más bien ¡no te ofendas! más bien alegre, tu educación mundana... En fin, no tienes tú la culpa.

JUANA No tengo yo la culpa, pero pago la pena, porque el caso es que tú no estás nunca conmigo.

RENÉ Eres un poquito egoísta.

JUANA ¡Quéjate!

RENÉ No me quejo.

JUANA Pues yo sí.

RENÉ ¡Já, já! Tienes una lógica admirable.

JUANA No es lógica, es cariño.

RENÉ La mejor prueba de cariño que podemos dar á una persona es respetar su modo de entender la vida.

JUANA Tienes razón.

RENÉ No contrariarle en sus aficiones.

JUANA No contrariarle.

RENÉ Sacrificar un poco la propia voluntad...

JUANA Sí, sí... al modo de entender la vida del otro.

RENÉ Justo, á su reino interior.

JUANA ¿A su...? Naturalmente. Aunque uno muchas veces no comprenda del todo...

RENÉ No hace falta comprender para respetar.

JUANA Aunque á uno le parezca un capricho, un mero capricho... Sí, sí; el sacrificio de la voluntad es hermoso.

RENÉ Indudablemente.

JUANA Siendo así, tú estás obligado á acompañarme mucho más á menudo.

RENÉ ¡Cómo!

JUANA A divertirte con mis diversiones, puesto que mi modo de entender el mundo es que debe uno divertirse lo más que pueda.

RENÉ Es que tengo otras cosas que hacer.

JUANA (En serio.) Sí; pero no debieran impedirte el que de vez en cuando vivieses mi vida. No comprendes bastante que soy joven... y que te quiero.

RENÉ Yo te quiero también.

JUANA ¡Ay!

RENÉ Te quiero; pero en la alegría no se manda... y en la melancolía tampoco. Tú eres alegre. Es egoismo tuyo pretender que yo también lo sea.

JUANA ¡Qué puede gustarte en el mundo si no te gusta la alegría!

RENÉ Puede haber alegría sin ruido. Cada uno tiene sus gustos. No te impongo los míos. No quiero ser tirano; pero reclamo mi derecho á pensar, á trabajar. Cada cual se hace la felicidad á su modo. (Va á salir.)

JUANA ¿Dónde vas?

RENÉ ¿Dónde quieres que vaya? A trabajar.

JUANA ¡No salgas de ahí! Te aseguro que me aburro mucho.

RENÉ Eres una chiquilla. (Como quiere marcharse, Juana le llama.)

JUANA ¡René!

RENÉ (Volviendo.) ¿Qué quieres?

JUANA ¡Dame un beso, dame un beso!

RENÉ Puede venir alguien.

JUANA ¿Y qué?

RENÉ ¡Si te parece!

JUANA ¡Dame un beso!

RENÉ Es ridículo, ¿sabes? (La besa en el momento mismo en que entra Hortensia, á quien él no ha visto.)

ESCENA XV

DICHOS y HORTENSIA

HOR. ¡Ah! Perdón.

JUANA ¡Oh! Perdón! (A René.) Te lo estaba diciendo. ¡No tienes formalidad! (A Hortensia.) No tiene formalidad ninguna... Siempre estamos lo mismo. Estaba segura de que iba á venir alguien.

RENÉ (Molesto.) ¿Qué dirá usted de nosotros?

JUANA Que nos queremos; es muy natural, ¿verdad, Hortensia?

HOR. Sí, sí; muy natural. No encuentro las *Bagatelas morales.*

RENÉ (Alargándole un libro.) Aquí está. Le había cogido yo.

HOR. Gracias. (Pausa.) ¡Qué buen tiempo hace hoy!... Llevamos un mes verdaderamente hermoso.

RENÉ (Después de una pausa.) Sí, es verdad.

HOR. (Después de una pausa.) Dice el jardinero que si sigue así, dentro de quince días ya estarán maduras las uvas.

JUANA (Después de una pausa.) ¡Ah! ¿De veras?

RENÉ (Después de una pausa.) De veras.

HOR. (Después de una pausa.) De veras... Hasta luego. (Sale.)

ESCENA XVI

RENÉ y JUANA

JUANA ¿Has visto la cara que ha puesto?

RENÉ Esto es ridículo.

JUANA Daba risa verla. ¿No te da á tí risa mirarla? (René hace un movimiento.) Nunca he visto mujer más ridícula. (René se encoge de hombros.) ¿Qué dices?

RENÉ No digo nada.

JUANA ¡Lo que me aburriría trabajar con esa mujer, lo que me aburriría!.. ¿qué dices?

RENÉ Nada, querida.

JUANA ¿De veras te parece muy inteligente?

RENÉ Mucho.

JUANA Sí, te parece más inteligente que yo... Mucho más inteligente que yo.. No cabe duda, es más inteligente que yo... ¿Qué dices?

RENÉ No tenéis el mismo carácter.

JUANA René, ¿me quieres?

RENÉ Naturalmente. ¿Por qué me lo preguntas?

JUANA Por que... Por nada. (Sale.)

ESCENA XVII

LA MARQUESA y RENÉ. Después GABRIELA y JUANA. (René vuelve á ponerse á escribir.)

MARQ. ¡René! (René levanta la cabeza.)

RENÉ ¡Mamá!

MARQ. ¿Qué haces?

RENÉ Nada.

MARQ. ¿Qué te pasa?

RENÉ Nada. ¿Por qué?

MARQ. Mírame. Tienes los ojos tristes. Tampoco tú eres feliz, hijo.

RENÉ ¡Qué idea!

MARQ. Sí sí; ¡qué idea! Ya sé que no me dirás nada, que me ocultarás tus penas. ¿Ya te crees demasiado hombre, verdad, para confesarte con tu madre? ¿Te acuerdas qué bien te comprendía... antes? Lo mismo te entendería hoy.

RENE (Conmovido.) ¡Mamá!

MARQ. Sí, mamá. A una mamá se le cuenta todo. Vamos á ver... Juana y tú... sois muy buenos los dos... En el fondo, os queréis mucho...

RENÉ Juana no me comprende.

MARQ. Pero te quiere.

RENÉ Ya lo sé que me quiere. Pero con un cariño

celoso y despótico. Me quiere con todo su derecho á quererme.

MARQ. Es tu mujer.

RENÉ Pero es incapaz de interesarse por mi vida. Cuando se decide á escucharme, cuando se esfuerza por seguir mi pensamiento, está convencida de que hace un sacrificio.

MARQ. Eso ya es mucho, hijo mío.

RENÉ Es mucho para ella y no es nada para mí. Nuestras aficiones no cóncuerdan en nada. Ya hace tiempo que me he dado cuenta del abismo que existe entre nosotros. ¡Ay, qué poco une el amor que no es más que amor!

MARQ. Pero entre vosotros hay algo más que la comunidad de caricias.

RENÉ No. He intentado hacer mío su espíritu, dirigir hacia un pensamiento más alto su alma de niña; pero á la menor palabra seria veo nacer el tedio en sus ojos. Es buena, ya lo sé, es cariñosa, es encantadora; pero me hace el efecto de que viene de fuera, de un país que yo no conozco. Está siempre tan lejos de mí, y mucho más desde...

MARQ. Desde que Hortensia está en casa.

RENÉ Es verdad.

MARQ. ¡René!

RENÉ No puedo menos de comparar todos los días la cabeza frívola de una con el alma seria de la otra. Hortensia no es como Juana una mujercita de lujo y de placer. Piensa, reflexiona. Su inteligencia varonil es hermana de la mía. Las mismas causas, las mismas alegrías nos conmueven. Ella es la única que con una atención apenas aparente sabe consolarme cuando el trabajo se me hace áspero. ¡Qué diferencia!

MARQ. René, estás hablando como si la quisieras.

RENÉ La quiero. (Sencillamente.)

MARQ. ¿Qué dices?

RENÉ Nada que no pueda confesar.

MARQ. ¡René!

RENÉ Te lo juro. El cariño que siento por Hortensia está limpio de todo deseo. No es ese instinto oscuro y egoísta que va buscando

la posesión. Es una ternura amistosa, un cariño digno del que no tengo por qué avergonzarme.

MARQ. ¡Dios te oiga, hijo mío! Pero... ¿y ella? ¿Estás seguro de la rectitud de su amistad?

RENÉ Completamente seguro.

MARQ. Te quiso en otro tiempo: René, ten cuidado.

RENÉ Estoy tan seguro de ella como de mí.

GAB. (Entrando.) Señora, ¿quiere usted hacer el favor de venir? La llama su marido de usted. Está junto al estanque. (Sale la Marquesa; entran dos criados trayendo ramos.)

GAB. ¡Ay, los ramos, los ramos!

JUANA (Entrando, al criado.) ¿Se ha marchado la señora Marquesa? Vaya usted á llamar á esos señores que están en el billar. (Á Gabriela.) Gabrielita, ayúdame. ¡Eh! los del tennis, vengan ustedes pronto. Los ramos, los ramos. ¡Oh, Baronesa, ayúdeme usted!

ESCENA XVIII

DICHOS, PABLO, GABRIELA, FRAÜLEIN, EL BARÓN, CARLOS, LA BARONESA HORTENSIA, ENRIQUETA, después LA MARQUESA

BARÓN ¿Qué es esto? Flores. ¿Es el santo de alguien?

CARLOS (Con un ramo en la mano.) Sí... de la Marquesa.

BARÓN ¡Caramba! ¿Cómo se llama?

CARLOS Se llama... No lo sé.

BAR. (Al Barón.) Toma tu ramo.

BARÓN (Sentándose.) Muy bien. (Habla bajo con Carlos.)

JUANA (Cogiendo los ramos que le ofrece Fraülein y entregando uno á Pablo.) Tome usted.

PABLO (Bajo.) Quiero hablar con usted después de la comida.

JUANA (Sonriendo.) ¿Para qué? No, no. (Se aleja.) Sobre todo, escondan ustedes bien las flores; que cuando entre mamá no sospeche nada.

BARÓN (A Carlos.) Hay que desengañarse... El Imperio es el único gobierno que le conviene á Francia. Napoleón...

HOR. (A René.) ¿Me da usted una flor de su ramo? (René le da una flor. Juana se entera.)

CARLOS En efecto, no vendría mal un Napoleón. Hace falta un sable.

BARÓN Un sable sin vaina.

PABLO (Bajo á Juana.) No se le devuelvo á usted, no.

JUANA Lo veremos. (Alto.) Pablo, creo que le he dado á usted á guardar mi pañuelo ¿Quiere usted dármele?

PABLO ¿Su pañuelo de usted?

JUANA Sí, le tiene usted ahí. Muchas gracias. (Ríe burlona. Hortensia se acerca á Gabriela.)

PABLO (A Juana.) Dígame usted, ¿dónde podré hablarle después de comer?

JUANA Pablo, no sea usted insoportable.

ENR. (A la Baronesa.) Su marido de usted se ha dormido.

BAR. No me extraña. Se duerme siempre en las grandes ocasiones.

ESCENA XIX

DICHOS y LA MARQUESA

HOR. Aquí está la Marquesa.

JUANA Escondan ustedes las flores. Despierte usted, Barón. ¿Dónde ha puesto usted el ramo? ¡Pues no se ha dormido encima de él! Barón... y usted, Carlos, ¿en que está usted pensando? ¿En su mujer? Ahí la tiene usted, vamos... Hay que ponerse en fila, y cuando yo dé la señal. (Golpea con las manos.) Todos á un tiempo, ¿eh? Todo el mundo á su sitio. En fila. Ya está aquí mamá. (Todos se colocan en fila.)

MARQ. (Entrando.) No sé qué le pasa á Gerardo. No quiere que entre en casa, ni que pase por la terraza. (Se oyen cohetes.) ¡Ay, Dios mío! ¿Qué es esto?

JUANA (Palmoteando.) ¡A la una! ¡A las dos! ¡A las tres!

TODOS (Ofreciendo los ramos.) ¡Viva Santa Elena!

BARÓN (Despertando.) ¿Qué?.. ¿qué? ¿Santa Elena? ¿Napoleón?

TODOS ¡Viva Santa Elena!

MARQ. ¡Ah! ¡Se han acordado ustedes! ¡Qué amables son ustedes! ¡Querido René, querida Juana! (Se abrazan: se oye un vals de tziganos.)

ESCENA XX

DICHOS, GERARDO y un CRIADO

GER. (Entrando y ofreciendo un estuche á la Marquesa. Viene de smoking.) Señora, las mesas están puestas en la terraza. He traído tziganos de París. Y esta noche, á las diez, gran fiesta de fuegos artificiales.

TODOS ¡Bravo!

MARQ. ¡Ay, Gerardo! ¡Yo que creí que no te acordabas de mi santo!

GER. Hubiese sido la primera vez.

MARQ. Es verdad. Eres un buen marido.

JUANA (A René.) Aprende. ¿Quieres bailar conmigo?

RENÉ Estoy muy cansado. Pablo, baila con mi mujer.

PABLO (Aparte.) ¡Chic!

GER. (A la Marquesa.) ¿Un vals, señora? (La coge del talle.)

MARQ. ¡Dios mío!

RENÉ (A Gerardo.) ¡A tu edad!

GER. ¿Qué quieres? ¡Hay que aprovechar la juventud! (Telón.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Un gran hall-salón. En primer término á la derecha gran mesa de trabajo, cerca de un ventanal que da al campo. Puerta de dos hojas al fondo, á la derecha. Puertas á la izquierda en primero y segundo término.

ESCENA PRIMERA

JUANA y PABLO. Entra Pablo

JUANA ¡Ah! es usted.

PABLO Sí: adivine usted lo que le traigo.

JUANA ¿Me trae usted una cosa?

PABLO Tome usted.

JUANA ¡Ay, qué bonito!

PABLO Son las flores que tanto le gustaron á usted ayer; las flores que crecen sobre la roca del guarda.

JUANA Sí, las reconozco.

PABLO Me ha costado un trabajo cogerlas... Hay que trepar, ¿sabe usted?

JUANA ¿Ha subido usted hasta allí arriba?

PABLO Sí.

JUANA ¡Pobre Pablo! Es usted muy amable.

PABLO Es natural. Y además, no se me hace de nuevas el coger flores para usted: tantas he cogido en otro tiempo... porque en otro tiempo le hice á usted el amor, ¿se acuerda usted?

JUANA Hace diez años.

PABLO Sí... hace diez años... en el campo... en casa de mi tío... Ya entonces estaba yo enamorado de usted.

JUANA Era usted tan chiquillo...

PABLO Pero era más alto que usted.

JUANA ¡Bah! llevaba usted cuellos á la marinera.

PABLO Y usted el pelo suelto. ¡Ay, qué buenos meses de verano se pasaban en Lovarce! ¡Y qué bonita era usted ya entonces! Me acuerdo de todos los trajes que se ponía usted.

JUANA No será tanto.

PABLO De todos los trajes y de aquellos sombreros de paja; cuando hacía viento, el ala se le doblaba á usted sobre la frente. Y no ha cambiado usted: es usted tan chiquilla como entonces.

JUANA Y usted también.

PABLO Y después no volver á verse; no haberla vuelto á ver á usted hasta el día de su boda, hace dos años, con ese imbécil de René.

JUANA ¿Qué es eso? Le prohibo á usted...

PABLO ¡Vaya un marido que le han buscado á usted! Es incomprensible.

JUANA No sé por qué dice usted eso.

PABLO No sabe nada de nada; no sabe tratar á una mujer; no sabe siquiera jugar al polo.

JUANA No creo que sea indispensable.

PABLO Y usted es joven, vibrante, alegre... como yo. René es siniestro.

JUANA René es un hombre serio.

PABLO Lo mismo da.

JUANA Se está usted poniendo en ridículo y me está usted ofendiendo á mí. René es extraordinariamente inteligente: estoy segura de que su libro será una gran cosa.

PABLO ¿Se lo ha dicho á usted Hortensia?

JUANA No necesito que Hortensia me lo diga.

PABLO De todos modos, René no subiría á una roca para cogerle á usted unas flores.

JUANA Esas no son cosas de su edad.

PABLO No lo han sido nunca.

JUANA Eso es cierto.

PABLO Ya lo creo. ¡Ah, pero si Hortensia hubiese

deseado las flores! ¡Oh, entonces, naturalmente...!

JUANA Me parece que va usted á echar á perder su galantería.

PABLO Perdóneme usted; pero desearía tanto verla á usted feliz... aunque fuese con otro.

JUANA Soy muy feliz.

PABLO No.

JUANA ¿Por qué no va usted á buscar á Gabriela?

PABLO ¿Qué me importa Gabriela?

JUANA Es usted muy amable.

PABLO Soy sincero.

JUANA Bueno: son las tres: vamos á salir en automóvil: vaya usted á vestirse.

PABLO Voy... Juana...

JUANA ¿Qué?

PABLO No... nada... (Sale.)

ESCENA II

JUANA y LA MARQUESA

MARQ. (Entrando.) Juana, ¿sabes dónde está..? ¿qué te pasa? Casi estás llorando... ¿qué ocurre? ¿tienes pena?

JUANA No me pasa nada.

MARQ. (Con cariño.) Sí, sí. Vamos, ya sé que estás triste; hace días te vengo observando y veo que sufres. No te apures. René es bueno; te quiere... (Juana protesta con un gesto.) Sí, te quiere, estoy segura de ello; pero, claro, á tí te parece que te abandona un poco; te abandona por su trabajo.

JUANA Si no fuese más que por su trabajo.

MARQ. (Sorprendida, en voz baja.) Ya sabes que sí, ya lo sabes.

JUANA No sé nada, no estoy segura de nada.

MARQ. Vamos, niña, no te atormentes con temores imaginarios. René es bueno: cuéntale tu pena, dile tu disgusto; ya verás como te tranquiliza y te consuela.

JUANA No quiero que me tenga lástima. Esperaré, observaré, y en cuanto esté segura...

MARQ. Ten cuidado, hija mía: á veces vale más no saber.

JUANA ¿Por qué dice usted eso?

MARQ. Estoy convencida de que René te es fiel; pero créeme, una mujer... de veras, no debe empeñarse en conocer todos esos misterios menudos que su marido se esfuerza en ocultarle; acaso hasta debemos agradecer á un hombre todo el trabajo que se toma para no turbar nuestra confianza... y nuestra dicha. Acaso es una prueba más de cariño.

JUANA Me sería imposible llegar hasta ese extremo de resignación.

MARQ. No es resignación: es prudencia. Porque las escenas que resultan inevitablemente del disimulo probado, sólo sirven para alejar para siempre al que pretendíamos atraer de nuevo á nuestro lado. Es triste gloria para una mujer tener razón contra su marido.

JUANA Habla usted como una santa.

MARQ. No: hablo como una madre.

JUANA Pero yo, como no tengo hijos, el día en que esté bien segura de que René ya no me quiere...

MARQ. Pero si te quiere... si te es fiel... ¡qué chiquilla!... te digo que te quiere.

ESCENA III

DICHAS y FERMÍN, que trae en una bandeja varios libros y recado de escribir

FER. El señor Marqués está esperando á la señora Condesa.

JUANA Voy. (Sale.)

ESCENA IV

LA MARQUESA, FERMÍN y después RENÉ

MARQ. Eso es, póngalo usted ahí encima; acerque usted más la mesa á la ventana, y ahora traiga usted los libros que se han quedado

en el despacho; puede usted decir al señor Conde que todo está en orden.

FER. El señor Conde viene hacia aquí. (Sale Fermín. Entra René.)

MARQ. René, hijo mío, cuánto te molestamos con este trastorno. Mira bien si tienes todo lo que te hace falta. ¿Podrás trabajar aquí?

RENÉ Sí, sí.

MARQ. Es que para tí es todo un sacrificio prestar tu despacho y tu biblioteca. Todas tus costumbres trastornadas; pero ya sabes el empeño que tenía tu padre por este asalto de armas, para el cual ha repartido no sé cuántas invitaciones; y como los dos cuartos en que trabajas son los únicos que pueden reunirse... No te molesta mucho, ¿verdad?

RENÉ Te aseguro que no. ¡Qué tontería! (Se sienta á escribir.)

FER. (Volviendo á entrar.) El señor Marqués pregunta al señor Conde si necesitará hoy los tomos grandes de la *Historia de Francia*, de Michelet.

RENÉ No. ¿Por qué?

FER. Es para acuñar las banquetas.

RENÉ ¡Oh!

FER. La señora Condesa ha dicho que podía cogerlos.

RENÉ Sí, sí, pueden cogerlos; hoy no los necesito. (Sigue escribiendo.)

MARQ. ¿Vas á salir con nosotros en automóvil?

RENÉ Creo que no.

MARQ. Es que Juana se alegraría de que vinieses; se alegraría mucho.

RENÉ No puedo.

MARQ. René, escucha...

ESCENA V

DICHOS, EL BARÓN, LA BARONESA y ENRIQUETA

ENR. (Entrando, en traje de marcha.) ¿Viene usted con nosotros, René?

RENÉ No. (La Baronesa entra con el Barón.)

BAR. ¡Ay, René, cualquiera conoce la biblioteca! Es una verdadera sala de armas. (Al Barón.) ¿Verdad que está muy bien?

BARÓN Inmejorable. Y además, cosa digna de notarse: los asientos que han puesto son muy cómodos. (Se sienta.) ¡Ah; pero estos también lo son!

ESCENA VI

DICHOS, HORTENSIA, GERARDO: después JUANA y GABRIELA

HOR. (Entrando y entregando á René un paquete.) El cartero acaba de traer esto para usted.

RENÉ Las pruebas. Gracias. (Se dirige hacia la mesa de escritorio. Hortensia entrega varias cartas á Gerardo, á Gabriela y á la Marquesa.)

HOR. (Riendo.) Yo soy la que hago de niña en esta casa. Carlos dice que esperen ustedes todavía un momento: está limpiando el carburador; pero habrá que ver, cuando acabe, quién le limpia á él. (A Enriqueta.) Su marido de usted es un héroe; ya lleva media hora de cuclillas delante de la máquina; tiene la cabeza llena de petróleo, pero está contento: dice que es muy bueno para que crezca el pelo.

ENR. Sí, el petróleo es su perfume favorito.

MARQ. ¿Dónde está Juana?

GAB. (Señalando á la puerta del segundo término á la izquierda.) Creo que está en su carto.

BAR. Ya debe estar lista.

ENR. Seguramente. (Llama á la puerta.) ¡Juana, que nos vamos! ¿Vienes?

JUANA Aquí estoy. (Viendo que están todos en traje de automóvil.) ¡Ay! les he hecho á ustedes esperar.

GER. ¡Oh! no te apures. Vámos, René, deja esos papeles; porque vienes con nosotros, ¿no?

RENÉ Lo siento mucho, pero no puedo.

GER. Por no variar; tú, en cuanto se trata de tomar el aire... Espero que siquiera te dignarás asistir al asalto.

RENÉ Sí, procuraré.

HOR. ¿Quiere usted que le ayude?

RENÉ Con mucho gusto. (Hortensia se sienta á la mesa.)

JUANA (A media voz.) ¡Qué solicitud tan conmovedora! (Se aleja.)

PABLO (Entrando.) ¿Saben ustedes que va á llover?

JUANA ¿De veras? Entonces mejor haríamos en quedarnos en casa. ¿No les parece á ustedes? (Mirando á su marido y á Hortensia.) Yo casi prefiero no salir.

BARÓN Yo también. El automóvil tiene un movimiento insoportable y los asientos son incómodos.

BAR. Podías llevarte ese sillón.

PABLO Si no salimos podemos jugar á juegos de prendas.

GAB. ¡Oh! no, no, que es muy aburrido.

JUANA Bueno: de todos modos nos quedamos, ¿verdad? (Se quita el sombrero.)

TODOS Sí, sí.

CARLOS (Entrando.) ¡Ajajá! Ya estoy listo. Ya pueden ustedes subir al coche; buen trabajo me ha costado. Denme ustedes las gracias, porque á no ser por mí se quedan ustedes en casa esta tarde.

GER. Es usted muy amable, pero no salimos.

CARLOS Esto sí que tiene gracia. Hace una hora que estoy luchando con el carburador; estoy hecho una lástima.

TODOS Eso sí que es verdad.

CARLOS ¿Pero de veras no salimos?

TODOS No, no.

RENÉ Es inaguantable.

TODOS ¿Qué?

CARLOS ¡Pobre de mí! Soy un paria.

BARÓN No se acerque usted. (Todos se ríen. Ruido.)

HOR. (A René.) ¡Ay, amigo mío! Este ruido es insufrible.

RENÉ (En voz alta.) Con este escándalo no se puede hacer nada.

GER. No me toque usted.

MARQ. Oigan ustedes; aquí no dejamos trabajar á René; ya nos ha cedido la biblioteca; podemos irnos.

GER. Vámonos, vámonos. (A la Marquesa.) ¿No vienes tú?

TODOS Vámonos. (Van saliendo con ruido.)

MARQ. Sí, sí, voy en seguida.

JUANA Hace usted bien: ya sabemos que cuando mi marido trabaja todo el mundo estorba.

MARQ. Su madre no.

JUANA Pero su mujer sí. (Salen la Marquesa y Juana.)

ESCENA VII

RENÉ y HORTENSIA

RENÉ ¡Cómo le agradezco á usted que se haya quedado! No es muy divertido esto de corregir pruebas.

HOR Razón de más para ayudarle á usted. ¿Qué mérito tendría en trabajar á su lado, si la tarea fuese siempre agradable? ¿No es obligación mía dulcificar con mi presencia las dificultades de su labor de usted?

RENÉ Hortensia, mi mayor alegría en este mundo es haberla encontrado á usted.

HOR. ¡Ay! querido René, cuanto siento no poder estar siempre aquí, junto á usted. ¡Qué agradable sería para mí consagrar la vida á ser su inspiradora, su consejera...! Por desdicha su mujer de usted no puede ayudarle: no será nunca para usted compañera de estudio: es lástima que sea tan ajena á todo esto. ¿Quiere usted darme un lápiz? La pobre carece, verdaderamente, de todo lo que sería necesario para ayudarle á usted, para complacerle... Cuando pienso en ello, no puedo menos de tenerle á usted un poco de lástima. Esta mañana he pensado precisamente en esto al leer la carta de la Marquesa d'Erimiante al caballero d'Antimieres: con un siglo por medio encontraba en el corazón de aquellos dos amantes la misma angustia que nos atormenta.

RENÉ ¿La carta de la Marquesa d'Erimiante?

HOR. Sí; la he descubierto en un libro viejo: aquí está.

RENÉ ¡Ah! ¿en qué libro?

HOR En un libro viejo: no me acuerdo en cuál. Léala usted· es tan linda, tan linda...

RENÉ ¿En qué libro?

HOR (Sonriendo) ¿Qué importa? Lea usted.

RENÉ (Leyendo.) «Mi muy amado: ¡Qué cruel el destino y qué triste la vida para vos! Vuestra·esposa, amante de la futilidad, y absorta en sus falderos, en sus lunares y en su tocado, se aburre con vuestro espíritu serio y vuestro corazón tan amante...»

HOR. ¿Verdad? Parece que habla de su mujer de usted.

RENÉ (Leyendo.) «Y yo, sin embargo, viuda y solitaria, lo estoy menos que vos, porque nada es tan tedioso para un ser delicado como una presencia ruidosa é importuna...» (Se detiene.)

HOR. (Leyendo.) «Otros, menos nobles que nosotros hubieran buscado en las distracciones del amor remedio á su mal; pero somos de esencia más selecta y nos ata el escrúpulo. Sí, perdonadme esta conmovedora falta de pudor. ¡Ay! muy amado, ¿habremos de morir sin cambiar una sola caricia?» (Deja de leer.) Y habrán de grabar como epitafio sobre nuestras tumbas: A pesar de que ella fuera hermosa y de que él fuera joven... (Viendo entrar á Juana, se detiene.)

ESCENA VIII

DICHOS y JUANA

JUANA No se molesten ustedes por mí: continúen ustedes. (Hortensia, después de haberse separado de René, prosigue sin entonación y rápidamente.)

HOR. A pesar de que ella fuese hermosa y de que él fuera joven, aunque la licencia de Versalles les uniese, aunque todo contribuyese á acercarlos, el deseo apenas les turbaba y su amistad se conservaba pura.

JUANA (Irónica.) ¡Qué bonita frase! Podría servir de *pendant* á esta otra. La amistad entre un hombre joven y una mujer bonita es un amor con narices postizas. No sé de quién es, pero tampoco está mal. (A Hortensia.) ¿No le parece á usted? A usted le gusta más la otra. ¡Claro, claro, claro!

HOR. (Dando una hoja á René.) Creo que no se me ha pasado nada. ¿Quiere usted repasar?

JUANA La admiro á usted: siempre trabajando. Eso ya es más que abnegación: es sacrificio. Supongo que mi marido sabrá recompensarla á usted.

HOR. El trabajo lleva en sí mismo su recompensa.

JUANA A pesar de todo, vuelvo á repetir que se esfuerza usted demasiado. Está usted pálida y necesita usted descansar. De aquí en adelante yo serviré de secretario á mi marido.

HOR. Estas investigaciones áridas le cansarán á usted pronto. Para mí el estudio es un verdadero placer.

RENÉ Hortensia dice bien: este trabajo no llegaría nunca á apasionarte.

JUANA ¿Y usted se apasiona por él, verdad?

HOR. Si me apasiono, sí.

JUANA Bueno: yo lo voy á intentar también, y así seremos tres apasionados. (Se sienta á la mesa.) Eso es todo. (A René.) ¿A tí no te molestará?

RENÉ No.

JUANA Yo me voy á divertir locamente. ¡Ah! ya está impreso el libro.

RENÉ Son las pruebas.

JUANA El papel no me gusta. ¿Va á quedar así?

RENÉ (Que empieza á impacientarse.) No: ese es el papel de las pruebas.

JUANA ¡Ah! ya. ¿Y qué son todas estas señales, estas rayitas? Tiene gracia.

RENÉ Son las correcciones.

JUANA ¡Ah! son las correcciones. (A Hortensia.) ¿Le gustan á usted las correcciones?

HOR. Pero...

JUANA ¿Y está usted segura de que en la imprenta entenderán estos garabatos?

HOR. ¡Oh! sí.

RENÉ Sí, sí: son los signos convenidos y habituales.

JUANA ¡Ah! yo no sabía. Es muy interesante y muy divertido. ¿Qué buscas?

RENÉ El secante.

JUANA / HOR. Aquí está. (Le alarga cada una un secante.)

JUANA Espera, espera. ¡Ay, se ha movido el secante y se ha corrrido un poco la tinta!

RENÉ Sí; no se entiende nada.

HOR. Ya está corregido este pliego. ¿Quiere usted darme otro? Gracias.

JUANA ¡Qué cosa más extraña! ¿Es verdaderamente histórico esto?

RENÉ ¿El qué?

JUANA Esta anécdota. (Leyendo.) «El más grande placer de esta vaporosa dama consistía en sorber de las más lindas tabaqueras la peluca de sus contemporáneos.»

HOR. No dice eso.

RENÉ No, ¿á ver? Trae. ¡Ah! te has equivocado. «El más grande placer de esta vaporosa dama consistía en sorber de las más lindas tabaqueras rapé con aroma de rosa ó violeta.»

JUANA ¡Ah! vamos; hay que volver las hojas así... ya lo entiendo, ya (Lee.) «Se peinaba al natural y desdeñaba la peluca de sus contemporáneos.» Claro, ya lo decía yo: sorber una peluca... (Se echa á reir.)

HOR. ¡Ay, qué fastidio! Han suprimido media página en la imprenta.

RENÉ ¿Dónde? Sí, es verdad: y precisamente una cita; habrá que buscar otra vez en los libros.

JUANA ¿En qué libro?

RENÉ Ya no recuerdo... ¡Ah! sí, en Champfort; ahí está.

JUANA Toma. (Le da un libro.)

RENÉ Gracias.

JUANA Ya ves que te soy útil. (Le da un beso con ostentación.)

HOR. (Con un libro abierto.) Aquí está, en el tomo tercero.

JUANA (Molesta.) ¡Ah! ¿cómo iba á adivinar que había más de uno? (Hortensia sonríe.) Claro, usted se sonríe. ¿le parezco á usted muy ignorante, verdad?

HOR. De ninguna manera: no está usted obligada á saberse á Champfort de memoria como yo.

JUANA ¡Ah! ¿Se le sabe usted de memoria? Bueno, bueno. (Se lleva el libro.)

RENÉ ¿Que haces? ¿Por qué te llevas ese libro?

JUANA Como la señora se le sabe de memoria, ella te dictará.

HOR. (Molesta.) Era un decir.

RENÉ Juana, haz el favor, no puedo perder tiempo.

JUANA Ya no me muevo. (Se cruza de brazos. Á Hortensia.) ¡Ah! ¿Ha echado usted un borrón? René, dale el secante á la señora, que ha echado un borrón.

HOR. No es nada.

JUANA No; pero es un borrón; en la imprenta pueden figurarse que es un punto. (Pausa.) Dame un pliego á mí: ya sabes que estoy muy fuerte en puntuación.

RENÉ Vamos, Juana, no te ocupes de esto.

JUANA Si te aseguro que me divierte mucho.

RENÉ Esto no es una diversión.

HOR. El esfuerzo que hace su mujer de usted es digno de alabanza: hay que ser un poco indulgente.

JUANA Es usted muy amable, otorgándome así su protección.

HOR. ¡Oh, mi protección!

JUANA Sí; con mi marido es usted omnipotente.

RENÉ (Queriendo poner paz.) Vamos, no se trata de eso.

HOR. Decía que esas ocupaciones serias ..

JUANA No entran en mis costumbres, ¿verdad?

RENÉ Vamos, vamos.

JUANA Pero dígalo usted...

HOR. Verdaderamente no entran en las costumbres de usted.

JUANA Es que desde que la conozco á usted he decidido cambiar.

HOR. Me honra mucho el que me tome usted por modelo.

JUANA Es para parecerle bien á mi marido.
RENÉ ¡Qué tiene que ver eso!
HOR. No la entiendo á usted.
JUANA Sí, sí; me entiende usted de sobra.
HOR. No sé qué pretende usted insinuar.
JUANA Nada, nada; no tenga usted miedo.
RENÉ Basta, Juana.
JUANA No te ofendas: todavía no he dicho que la señora es tu querida.
HOR. (Se levanta.) No quiero responder á usted; prefiero retirarme. (Medio mutis.)
RENÉ (Á Hortensia.) Quédese usted; se lo suplico. (Á su mujer.) Juana, has dicho una infamia; es indigna de tí, y exijo que te retractes. (Juana, muy pálida, guarda silencio.) Lo exijo, ¿oyes?
HOR. No insista usted, René. (Sale Hortensia.)

ESCENA IX

JUANA, RENÉ; después ENRIQUETA

RENÉ ¿Qué significa esta impertinencia? ¿Con qué derecho hablas de ese modo? Inmediatamente vas á disculparte con Hortensia.
JUANA Nunca.
RENÉ Te has portado como una chiquilla ó has tenido un momento de locura.
JUANA No lo creas. Todo lo que le he dicho á esa mujer se lo he dicho queriendo. No me arrepiento ni de una palabra.
RENÉ Digo que le darás una disculpa.
JUAN Estás loco.
ENR. (Entrando.) Pero, ¿qué pasa? Acabo de encontrarme á Hortensia toda trastornada. Dice que ha recibido un telegrama y que se tiene que marchar.
JUANA Más vale tarde que nunca.
ENR. ¿Cómo?
RENÉ Es demasiado. Eso es lo que has conseguido; pero te aseguro que Hortensia no se irá, y te aseguro que sabré obligarte á que le des disculpas.

JUANA De modo que confiesas que no puedes vivir sin ella.

RENÉ No tengo para qué responderte. (Sale René.)

ESCENA X

JUANA y ENRIQUETA

ENR. Juana, ¿qué significa todo esto? Estoy asustada.

JUANA Déjame.

ENR. ¿Dónde vas? Voy contigo.

JUANA Prefiero estar sola. (Entra en su cuarto.)

ESCENA XI

ENRIQUETA y GERARDO

ENR. (Á Gerardo, que entra.) ¡Ah! tengo que hablar con usted. ¿Quiere usted escucharme un minuto?

GER. Ya lo creo: como que no vengo más que para eso. Estábamos citados á las tres en punto. Todo el mundo se ha ido. ¡Al fin solos! ¿Cómo está usted, señora? Deme usted la patita.

ENR. No, no. Tengo que hablarle á usted de una cosa muy seria.

GER. Yo también. (Se acerca como para hablarla al oído.)

ENR. ¿De qué?

GER. (Dándole un beso.) Eso es todo.

ENR. Vaya, vaya... Escúcheme usted. Acabo de encontrar á Juana llorando, á René enfadadísimo. Juana es muy desgraciada. René...

GER. ¿Otra vez Juana? ¿Otra vez René? En cuanto estamos juntos no piensa usted más que en ellos, no habla usted más que de ellos.

ENR. Es que usted no se da cuenta de lo grave que es la situación.

GER. Ya estamos en la hora solemne. Desde que René trabaja con Hortensia, la melancolía

de su libro destiñe sobre toda la casa. Las cosas más sencillas parecen complicadas. Todo toma importancia. Una mirada es una traición, una sonrisa un drama, y un beso toda una tragedia. ¡Caramba! si fuese uno á dar tanta trascendencia á semejantes pequeñeces la vida no sería posible. ¿Dónde iríamos á parar? ¿Qué hubiera sido de mí?

ENR. ¡Oh! Usted...

GER. No hablemos más de eso. Da usted más importancia de la que tienen á estas disputas de enamorados. (Pausa.) Será esta noche, ¿verdad?

ENR. Cállese usted. ¿Cómo puede usted pensar en semejantes cosas, cuando en su misma casa se está preparando tal vez una desgracia?

GER. ¿Volvemos á empezar?

ENR. Sí, sí, sí. Es usted padre. Lo menos que puede usted hacer es ocuparse de la felicidad de sus hijos.

GER. (Molesto.) Naturalmente. Pensaré en ello. Gracias. Pero si le parece á usted que lo deje para un momento más oportuno...

ENR. No. Ha de ser en seguida. Tiene usted el deber de interesarse por sus hijos. Es usted padre.

GER. ¡Padre, padre!... ¡Demonio! ¿Me ha dado usted una cita para llamarme padre? Ya lo sé que lo soy. Yo hago todo lo que puedo para olvidarlo. Usted no es quien me lo tiene que recordar.

ENR. Mi amistad con Juana me obliga á ello.

GER. Pero, vamos á ver...

ENR. Sí, ya hablaremos; pero antes de nada quiero que reconcilie usted á René con su mujer.

GER. Bueno, sí.. esta noche... mañana... Pero escúcheme usted.

ENR. No. Hable usted primero á René.

GER. (Furioso.) ¡René! ¿De modo que á él tengo que agradecerle el recibimiento que usted me dispensa? Hace no sé cuántas semanas que nadie se ocupa más que de su intere-

sante persona. Su madre me habla de él con angustia. Juana con desesperación. Hortensia con ambigüedad. Hasta usted se me ha contagiado. Ese hombre tan tranquilo es el centro de todas las agitaciones. Es el que menos ruido mete, y es el que más guerra da. Y ahora por culpa suya pierdo una conversación exquisita con usted y me veo obligado á representar el papel de padre grave. ¡Ah! no... es demasiado, es demasiado. (Llama á la campanilla) Bueno, sí, le hablaré. Es preciso que todo esto cambie, porque si no... (Entra Fermín.) Diga usted al señor conde que necesito hablar con él. (Sale Fermín.)

ENR. Sobre todo, no exagere usted. Háblele usted con suavidad.

GER. ¡Ah! le diré lo que me parezca. Si va uno á andarse con remilgos para hablar á un hijo...

ENR. Vamos, le dejo á usted. Hasta ahora, padre de familia... (Le alarga la mano, que Gerardo besa. Sale Enriqueta)

ESCENA XIII

GERARDO y RENÉ

GER. (Solo.) Mujer encantadora... Y ahora á gruñir, á fruncir el ceño... ¡Señor, qué lata!

RENÉ (Entrando.) ¿Me has llamado, papá?

GER. ¡Ah! ¿eres tú? Siéntate.

RENÉ ¿De qué se trata?

GER. ¿De qué se trata? De una necedad... de una necedad que has cometido. ¿Qué significa todo ese jaleo entre tu mujer y Hortensia?

RENÉ Si vas á hablarme de Hortensia, has escogido muy mala ocasión. Acabo de sufrir por el mismo motivo una escena de Juana, y estoy bastante nervioso.

GER. Lo siento, hijo mío; pero tengo que hablarte, y es preciso que me oigas.

RENÉ (Sentándose.) Como quieras.

GER. René, haces á Juana muy desgraciada. No te portas con ella como debe portarse un buen marido.

RENÉ ¿Eres tú el que me dices eso, papá?

GER. Sí, te lo digo yo. ¡Oh! ya lo sé; seguramente no me voy á poner de modelo. Mi vida está muy lejos de ser ejemplar, según la moral corriente. Pero yo tengo una moral mía, que consiste en no hacer nunca daño á las gentes que á mí no me lo han hecho, y en hacer felices á los que me quieren. No me figuro que he descubierto con eso una religión nueva; pero si todos los hombres observasen este principio, la vida en común sería mucho más facil y más dulce.

RENÉ No creo haber hecho mal á nadie.

GER. Sí. Tu mujer sufre por culpa tuya. Eres un torpe.

RENÉ ¿Qué?

GER. Un torpe. Porque, después de todo, cuando se tiene una amante, el deber más elemental consiste en ocultárselo á su mujer.

RENÉ Es que Hortensia no es mi amante.

GER. ¿Qué dices?

RENÉ Digo que no.

GER. ¿Que no? Entonces ¡caramba! eres un imbécil de marca mayor.

RENÉ No comprendo.

GER. ¿De modo que no engañas á tu mujer y encuentras manera de ponerla celosa?

RENÉ Eso es precisamente lo que me desespera. ¿Por qué está celosa si le soy fiel?

GER. ¡Fiel! Te figuras que con decir eso ya lo has dicho todo. La fidelidad... ¿qué es la fidelidad? Una cuestión de.. temperamento. Para el trabajo que á tí te cuesta ser fiel... Y aunque así no fuera. No basta con ser fiel á su mujer para cumplir los deberes de marido.

RENÉ Cuando me casé no prometí sujetar mi pensamiento.

GER. Cuando te casaste te comprometiste, ante todo, á hacer feliz á tu mujer. Puesto que te place tener á tu lado á Hortensia, y puesto que su presencia hace sufrir á tu mujer, es

necesario, para conciliarlo todo, que te tomes el trabajo de disimular, de...

RENÉ De mentir... dígalo usted claro.

GER. Lo digo, sí señor: de mentir. Hay mentiras piadosas. No suelen ser fáciles de inventar, pero son necesarias casi siempre.

RENÉ No podemos entendernos, papá. El mentir me es odioso. Y precisamente lo que me parece más imperdonable en el adulterio, es la mentira.

GER. La mentira... ¡pero si la mentira es la única solución del adulterio! ¿Qué dirías del miserable que engañando á su mujer viniese á contárselo todos los días? Hay verdades completamente inútiles.

RENÉ ¿Miente usted por el bien ajeno ó por el bien propio?

GER. Por el bien ajeno, hijo mío. Y mintiendo cumplo mi deber. Miento todo el día, con lo cual hago bien á todo el mundo. Cuando no es uno un santo, tiene que mentir... y hasta no sé también si cuando es uno un santo.

RENÉ Pero eso es vergonzoso... es pura hipocresía.

GER. Nada de eso. Es bondad. La mentira es disculpable cuando tiene por fin la dicha ajena. Hay ejemplos innumerables y cuotidianos. Mira, cuando engañas á tu mujer y le dices que la adoras, te portas como un hombre decente. La mentira es urbanidad, y á veces caridad. Hay mentiras sublimes.

RENÉ ¡Ay, papá!

GER. Sublimes, sí señor. Yo no vacilaría nunca en emplearlas. Atacar la mentira... ¡pero tú eres anarquista! La mentira es toda la civilización.

RENÉ Y la hipocresía por lo tanto.

GER. La hipocresía es la mentira de los malvados.

RENÉ Perdóname. Tus distinciones son demasiado sutiles. Mi única ley es la verdad.

GER. La verdad, la verdad.. Si vieras qué bien está metidita en su pozo. Valdría más para la felicidad tuya y de tu mujer que la engañases dándole la ilusión de ser dichosa, que

el que le seas fiel atormentándola con sospechas.

RENÉ Es que...

GER. Bueno. Mira lo que tienes al lado. ¿Has visto alguna vez llorar á tu madre?

RENÉ No, nunca.

GER. Pues es sencillamente porque nunca le he dado ocasión, no ya de sufrimiento, sino de inquietud. Es porque tu madre está segura de que la quiero, de que la venero. Es mi mejor amiga, mi más preciosa confidente, y sabe que en mi corazón no tendrá rival nunca. ¿Por qué? Porque le miento, sí señor, porque sé lo que puede atormentarla y evito con cuidado el decírselo. Porque de joven, al casarse conmigo, se creó como todas las mujeres, un marido ideal, y yo he hecho todo lo posible por no quitarle nunca esta ilusión...

RENÉ Mentirosa.

GER. Pero reconfortante. Tú, por el contrario, orgulloso de la pureza de tus costumbres, no le ocultas nada á tu mujer. Te gusta Hortensia; se lo dices á tu mujer. Te complaces en la compañía de Hortensia; se lo dices á tu mujer. Se lo dices todo, sin preocuparte por saber si esta admiración que sientes hacia otra, no le hiere á ella en su amor y en su orgullo. ¿Y qué resulta de tu conducta y de la mía? Que tu mujer sufre y la mía es feliz. Así es que, responde lealmente, ¿cuál de los dos tiene razón? Yo, ¿no es verdad? Y sin embargo, á los ojos del moralista vulgar, yo soy el culpable y tú el hombre honrado.

RENÉ Mi amistad con Hortensia es pura. Mi mujer no puede ofenderse por ella.

GER. Rebajas á tu mujer no concediéndola más que el derecho á la voluptuosidad.

RENÉ En fin, no puedo soportar que Juana haga de mí lo que quiera y me trate como á un chiquillo. Acabará por ponerme en ridículo. Hace un momento llegó á amenazarme. Hablaba de echar de casa á Hortensia. Todo un escándalo. Confiesa que es inadmisible.

GER. Vamos, vamos. No hay que tomar en serio las palabras de una mujer celosa. Tú procura no exasperarla, no excitarla con tus razonamientos. No hay como la lógica para descomponer á las mujeres. Voy á llamar á Juana. Voy á hablarla delante de tí, y tú vas á reconciliarte con ella.

RENÉ Por mí no hay inconveniente.

GER. (A Fermín, que entra.) Diga usted á la señora condesa que tenga la bondad de venir. Empezarás por darle disculpas.

RENÉ ¿Disculpas? Ella es la que me ha ofendido.

GER. Razón de más. Cuando una mujer nos ha ofendido hay que empezar siempre por pedirle perdón. Vas á decirle que la quieres.

RENÉ Se lo diré.

GER. Pero así no, ¿eh? Que no sientes hacia Hortensia ninguna simpatía profunda.

RENÉ Eso no lo puedo decir.

GER. Entonces se lo diré yo.

ESCENA XIV

DICHOS, y JUANA

GER. Juana: tu marido está desconsolado por lo que sucede. La escena que le has hecho á propósito de Hortensia—que después de todo le es indiferente—le ha entristecido mucho. Te pido, por lo tanto, que hagas las paces con él y que no se vuelva á hablar más del asunto.

JUANA Eso quisiera yo. Pero el único medio de acabar con estas discusiones penosas es que se marche de esta casa quien las ocasiona.

GER. Vamos, Juana: Hortensia no se puede marchar de ese modo. Piensa que es hermana de Gabriela, la novia de Pablo. Además, y aquí entre nosotros, no tienes motivo ninguno de estar celosa. Tu marido te quiere, de sobra lo sabes, y no le interesa la compañía de Hortensia más que porque le es útil en sus investigaciones, en sus trabajos. No

es siquiera amistad. Es sencillamente compañerismo.

JUANA No, desgraciadamente es otra cosa.

GER. Admitamos que sea un flirt.

JUANA Si mi marido tiene ganas de flirtear que flirtee conmigo.

GER. Te digo que no es ni siquiera un flirt. Es un sentimiento efímero, es una cosa que casi no existe.

JUANA No, es un sentimiento profundo. René me lo ha confesado muchas veces.

RENÉ Pero...

GER. No. Es que tú le has entendido mal.

JUANA ¿Le parece á usted natural que se encierren los dos, con pretexto de que están estudiando? ¿Cree usted que le sea tan útil como dice?

RENÉ Yo...

GER. Ya lo creo que sí.

JUANA ¿Y esas miradas que cruzan; la turbación de esa mujer cuando llego yo por casualidad; el interés excesivo que se toma por mi marido... en fin, todas esas cosas... ¿no son indicios de amor?

GER. ¿Te vas á preocupar por una mujer semejante? La sienta uno en una silla, y no se mueve. Pega etiquetas, quita el polvo á los libros, recorta pedacitos de papel... calcomanía pura. Y con eso se figura que ha añadido una página á la historia de Francia. Es completamente inofensiva. (Juana sonríe.) Ya lo ves, te ríes. Todo esto son disputas de enamorados. Vamos, un esfuerzo. Abrazaos, y acabemos.

JUANA (Vacilando.) Por mí... con mucho gusto. No quiero que nadie se figure que estoy estúpidamente celosa. Pero al fin y al cabo, tengo mi amor propio. Si verdaderamente eso que usted me dice es cierto; si René no siente hacia esa señora más que una indiferencia amable, estoy dispuesta á hacer las paces.

RENÉ ¿Y á darle disculpas?

GER. Sí, sí... ¡Ah! ¡eh! bueno... Ya ves que tu mujer es mucho más razonable de lo que supo-

nías. Dile tú mismo que no sientes hacia Hortensia ningún afecto serio.

RENÉ (Después de una pausa.) Hortensia no es para mí más que una amiga. Eso es todo.

JUANA Ya lo sé. Pero es demasiado.

GER. Una amiga, sí; pero hay amigas de amigas. Esta es una amiga que le es indiferente.

JUANA No.

GER. Perdón. Hortensia le es indiferente. Vamos, dile tu mismo que te es indiferente.

JUANA Atrévete á decirme que te es indiferente.

GER. ¿Para qué quieres que lo diga?

JUANA ¿Confiesas entonces?

RENÉ Qué le tengo cariño, ¿por qué no?

JUANA Lo confiesas.

GER. Vamos á ver, Juana. Hortensia no es más que una amiga. Tú eres su mujer. ¿Qué tiene que ver una cosa con otra?

JUANA Sí. Yo no soy más que su mujer. Poca cosa, verdaderamente. Cantidad despreciable, casi nada. Un objeto habitual que coge uno cuando le viene en gana y deja uno cuando le parece. Y que siempre está uno seguro de volver á encontrar. Pero si no hay entre nosotros más que una costumbre de caricias, y si le das á otra tu corazón y tu pensamiento, ¿qué me queda á mí? Yo quiero todo tu cariño. A mí es á quien tienes que querer, y no á otra. No quiero repartir con nadie.

RENÉ No hay repartición ninguna. Yo no te engaño.

JUANA Sí, puesto que quieres á otra mujer.

GER. Pero te quiere á tí también. (Gerardo comprende que ha cometido una imprudencia diciendo esta frase, y hace un gesto cómico de disgusto.)

JUANA También.

RENÉ Tienes unos celos absurdos.

JUANA Celos fundados. En otro tiempo fuísteis novios, os quisísteis. No es una amiga como las demás.

RENÉ Te doy mi palabra de honor.

JUANA ¿De que no me engañas? Es posible. Pero esa mujer nos separa. ¿Es más inteligente

que yo? Bueno. ¿Es más culta? ¿es la mujer que te hubiese convenido? Bueno. Pero como te has casado conmigo, ya no estás á tiempo de escoger.

GER. ¡Juana!

JUANA Sin contar conque yo la conozco bien á ella. ¡Ay! sí, la conozco. Y no me engaña con sus monerías. Le habla de su alma frotándose contra él... (Movimiento de René.) Sí, el trabajo, vuestros estudios... Si toma notas delante de tí, es para que le veas las manos, que de sobra sabe que las tiene bonitas... Escoge entre las cartas del siglo XVIII las más apasionadas, y las lee ruborizándose, como si las hubiese escrito ella. Y tú, claro, te dejas engañar, te cambian los ojos en cuanto la ves. En cuanto aparece, hay una cosa nueva que se despierta en tí. Algo que yo no conocía, que me habías ocultado siempre. Ella sabe de sobra las palabras que se deben decir. Es lista, sí... y hace de tí lo que le da la gana. ¡Ah! la muy bribona.

RENÉ Estás calumniando á una mujer honrada.

JUANA ¿Mujer honrada ella? Pero si se pasó la vida engañando á su pobre marido... Si Pedro de Tremblay ha sido su amante... si lo es todavía.

RENÉ Te prohibo... Mientes.

JUANA Me alegro. Tú ya no necesitas mentir.

GER. Pero si no hay nada culpable entre ellos.

JUANA Nada. ¿Y toda la ternura que René me debe y que ella me roba? ¿Y toda mi dicha? ¿Y toda mi vida? Nada entre ellos... ¿Qué más podría haber?

RENÉ La única cosa que tendría derecho á separarnos: el adulterio.

JUANA ¡Oh! Preferiría que me engañases y que no la quisieses.

GER, Ya lo oyes.

RENÉ Eso es lo único que no me perdonarías nunca.

JUANA Acaso. Pero sufriría menos. (Llora.—Pausa.)

RENÉ Juana: puesto que la presencia de Hortensia te hace sufrir, no quiero vacilar entre tu

dicha y la mía. Ya que así lo exige tu tranquilidad, me arreglaré como pueda, me sacrificaré...

JUANA ¡Sacrificarte! ¡Ah! cállate. Tu lástima me ofende más que tu traición.

RENÉ Entonces, ¿qué quieres que haga?

JUANA Nada: no tienes que hacer nada. Vive con ella, ya que tanto la necesitas. Para mí has acabado. Te desprecio.

RENÉ Está bien. Tú lo has querido.

GER. ¡René!

JUANA ¿Eso es lo que pretendías conseguir? Sé muy feliz. Estás libre. Corre á buscar á esa muje. Te detesto ¿lo oyes? te detesto.

RENÉ Odiame ó quiéreme: me da lo mismo. (Sale René.)

GER. ¡René, René! ¡Imbécil! Juana: te pido perdón por mi hijo de toda la pena que te ha causado, estúpidamente.

JUANA No. Se acabó, se acabó.

GER. ¡Imbécil! Y esta es la escena que yo he sabido evitar toda mi vida. ¡René! (Sale Gerardo.)

ESCENA XV

JUANA y PABLO

PABLO (Entrando.) Juana... Juana... (Juana, que se ha sentado en una silla, llorando, al ver á Pablo se levanta y se dirige hacia su cuarto. Pablo se va detrás de ella.— Telón.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

La misma decoración que en el segundo. La mesa en que trabajaba René ha desaparecido, así como los libros, las pruebas de su obra, etc.

ESCENA PRIMERA

La MARQUESA: después GERARDO

GER. (Entrando por el foro.) ¡Ah! estabas aquí. Vengo de acompañar hasta su casa á Enriqueta y á su marido. Ya estamos solos para todo el día. ¿Quieres que vayamos á Blois en automóvil? Hay una venta de caballos que me interesa. ¿Qué te parece?

MARQ. (Está sentada en el sofá.) Gracias. Prefiero no salir.

GER. Ya que no hay más remedio que decírtelo, quería que me acompañases para escoger tu regalo. Sí; quiero regalarte un tronco para la berlina. El otro día te quejaste de que los alazanes son demasiado vivos. Te compraré dos caballitos tranquilos, calmosos. La seguridad del marido. ¿No te animas?

MARQ. Muchas gracias, Gerardo. Prefiero quedarme aquí.

GER. ¿Por qué? ¿qué te pasa?

MARQ. Nada; no te preocupes. Estoy un poco triste y nada más.

GER. ¡Triste!... ¡Elena! ¿No te da vergüenza? No quiero que estés triste. Nunca debe uno estar triste.

MARQ. En la tristeza no se manda.

GER. ¡Error gravísimo! Shopenhaüer... no respondo de que sea Shopenhaüer... pero en fin, alguno de los gordos ha dicho: «Quien llora á menudo es desgraciado: quien ríe á menudo es feliz.» Y no hay que darle vueltas: esta perogrullada encierra una verdad profunda. El mejor medio de ser feliz es estar alegre... ¿Por qué no estás alegre, Elena?

MARQ. No siempre puede una estar alegre.

GER. ¡Oh, sí! Basta con querer, con empeñarse en estarlo. En cuanto se siente llegar la tristeza hay que rebelarse contra ella; ¡echarla de casa en seguida! ¿Lo ve usted, señora Marquesa? Ya tiene usted gana de sonreir. Era mentira, estás alegre como un pájaro.

MARQ. No, Gerardo; y tú no lo estás tampoco á pesar de tu tono de broma.

GER. ¿Yo? ¿Por qué? ¿Te figuras que voy á tomar en serio el enfado de Juana y René?

MARQ. Sí. He hablado con Juana, he tratado de convencerla, de hacerla entrar en razón Me ha respondido que su ruptura con René es definitiva.

GER. En el mundo no hay nada definitivo. Lo más que puede haber son cosas irremediables, y para eso un refrán—hay que creer en los refranes—dice que para todo hay remedio.

MARQ. Sí... para todo hay remedio cuando se hacen concesiones á la vida... cuando se resigna uno... Pero Juana y René son demasiado jóvenes.

GER. René, como de costumbre, ha sido un torpe. Ha hecho confesiones que la humanidad más vulgar le obligaba á callarse. Es curioso mi hijo; no es hablador y tiene la manía de hablar á destiempo. En fin; lo esencial es que remedie su imprudencia, que se disculpe, y todo acabará lo mejor posible. Todo se arregla.

MARQ. O todo se acaba. Juana está decidida á separarse de su marido. Si persiste, René, que la quiere de veras, va á ser muy desgraciado. (Llora.)

GER. Elena ¡te suplico que no llores! No llores. Tus lágrimas no se las perdonaría nunca á René.

MARQ. No puedo menos de estar muy inquieta. ¡Esta resolución de Juana será para mi hijo una pena tan grande!...

GER. Pero todavía no hay nada resuelto. Y además, ¿estás tú muy segura de que René quiere á su mujer?

MARQ. ¿Lo dudas?

GER. Creo que no faltan razones para dudarlo.

MARQ. ¡Qué mal conoces á tu hijo, Gerardo!

GER. No tenemos el mismo carácter.

MARQ. Es verdad. Nunca habéis mirado la vida con los mismos ojos. Ya cuando René era niño, me echaba á temblar cuando teníais una discusión. Acuérdate, Gerardo. La mujer que tanto te quiere no ha estado en desacuerdo contigo más que cuando, madre, defendía á su hijo.

GER. Sí; el niñito nos ha dado siempre bastante guerra.

MARQ. ¡Gerardo! Es tan bueno, tan cariñoso á pesar de sus ideas absolutas y de su lógica... agresiva á veces.

GER. Es idiota.

MARQ. ¡René! Con una inteligencia tan notable.

GER. Tiene una inteligencia asombrosa... pero es tonto.

MARQ. ¡Y tan sincero! Porque lo es. Creyó que su conciencia le obligaba á revelar á su mujer la simpatía que le inspiraba Hortensia...

GER. ¡Sí! Idiota. Si tú estás segura de que René quiere á su mujer, yo estoy seguro de que Juana quiere á su marido; lo único que les ha separado es la tontería de René; espero que cambiará de táctica y que se mostrara un poco menos torpe.

MARQ. Tienes una tranquilidad que me asombra.

GER. Quiero tenerla para tranquilizarte á tí. ¡Va-

mos, vamos! Te juro que todo acabará bien y te mando que te sonrías.

MARQ. Tal vez tengas razón. Tal vez me habré asustado sin motivo. ¡Qué quieres! Es ridículo; pero á mis años todavía me falta experiencia. ¡Nosotros hemos sido siempre tan felices! ¡Tan felices uno con el otro!

GER. No, Elena; ¡el uno por el otro! No ha pasado día en que no hayamos deseado ardientemente, tú, que yo fuera feliz, y yo, que lo fueses tú. La felicidad, más que cuestión de suerte, es cuestión de voluntad.

MARQ. Y de tacto. Siempre he procurado decirte lo que te podía agradar, y acaso tú no me has dicho nunca lo que hubiera podido entristecerme.

GER. ¡Elena! ¡Te quiero como el primer día!

MARQ. ¡Gerardo! (Se abrazan. René aparece en el umbral de la puerta.)

GER. (A René.) Adelante. No estorbas.

ESCENA II

DICHOS y RENÉ

RENÉ ¿Saben ustedes que Pablo y Gabriela han roto sus relaciones?

MARQ. ¡Cómo!

RENÉ Acaba de decírmelo Hortensia.

GER. ¡Pero esto es una epidemia! ¿Es que todo el mundo se va á separar en esta casa?... ¡Estais todos locos! ¿Y por qué? ¿puede saberse por qué?

RENÉ Pablo le ha pedido á Gabriela que le devuelva su palabra.

GER. ¿Y qué motivo da?

RENÉ No lo sé. Pretextos. Hortensia y su hermana dicen que se marchan inmediatamente.

GER. Después de todo, hacen bien. No han tenido en mi casa mucha suerte que digamos.

RENÉ ¿De modo que le parece á usted natural esta salida de Pablo?

GER. Natural, no; pero extraordinaria tampoco. Es... imprevista... eso es...¡ imprevista!

RENÉ No estaría demás saber la verdadera causa de esta ruptura.

GER. Primero habría que saber si es cosa seria. A mí, la verdad, me cuesta trabajo creerlo.

RENÉ A usted siempre le cuesta trabajo creer una cosa seria.

MARQ. ¡René!

GER. Aunque fuese verdad, no debes olvidar con quién estás hablando.

RENÉ Perdóneme usted; estoy nervioso, trastornado. Hace algunos días venía notando en Juana muchas cosas raras, coqueterías con Pablo.

MARQ. ¿Con Pablo?

RENÉ No había hecho caso. Pero hace un momento, en el jardín, Pablo le ha dado á Juana una carta. Lo he visto desde la terraza. Ella no ha querido tomarla y se ha marchado: nada más... nada más. He salido, y Pablo se ha puesto muy pálido. Me ha dado vergüenza preguntarle nada; pero un momento después he sabido por Hortensia que había roto con Gabriela. Y no he podido menos de unir los dos incidentes...

GER. ¿Y sacas en consecuencia?...

RENÉ Nada, nada. Pero confiese usted que todas estas cosas no son naturales.

MARQ. René, de sobra sabes que Juana te quiere.

RENÉ No lo sé, no lo sé. ¿Por qué le quería dar Pablo una carta? Se ven todos los días, la puede hablar. ¿Por qué la escribe precisamente hoy, el día en que rompe con Gabriela? ¿Por qué se ha puesto pálido al verme? ¿Por qué?

GER. ¿Por qué te has portado tú mal con tu mujer? ¿Por qué la has alterado con tu cariño necio para Hortensia? ¿Por qué la has enfurecido confesándole que querías á la otra? ¿Por qué?

RENÉ Eso no tiene nada que ver.

GER. (Pasando á la derecha.) ¡De veras!... De modo que tú te pasas los días encerrado con esa

señora, te enfadas horriblemente ante la sola idea de que tu mujer pueda mostrarse celosa, y luego te sorprende tanto que Juana...

RENÉ (Vivamente.) ¡No es lo mismo!

GER. ¿Tú qué sabes? ¿Con qué derecho eres tan indulgente para tí y tan severo para juzgar á tu mujer?

RENÉ Es que de mí mismo estoy seguro.

GER. Y yo estoy seguro de ella. ¿Pretendes que se ha dejado llevar por un movimiento de coquetería con Pablo? ¡Concedido! Pero tú mismo has visto que se arrepiente de su imprudencia.

MARQ. Seguramente.

RENÉ De todos modos, no estoy dispuesto á tolerar las visitas de Pablo.

GER. Ya no tendrá motivo para venir, puesto que la presencia de Gabriela era lo único que justificaba esas visitas. Déjame hablarle á mí. Pablo es demasiado chiquillo. Tiene que darse prisa á madurar. Yo le ayudaré. Créeme; no le hagas el honor de mostrarte celoso.

RENÉ Como usted quiera. Pero hoy voy á pedirle á Juana una explicación, voy á...

GER. No vas á hacer nada. Puesto que Hortensia se marcha, la causa de vuestra querella desaparece naturalmente. En cuanto estés solo con tu mujer le pides perdón del mal que le has hecho, y vuelves á ser el buen marido que no debías nunca haber dejado de ser...

MARQ. Tu padre tiene razón, hijo mío.

GER. Y ahora te voy á dar un buen consejo. Evita una conversación con Hortensia, que las circunstancias harían extraordinariamente penosa. Debes comprender que después de lo que ha pasado entre ella y tu mujer el deseo más grato de Hortensia tiene que ser veros reñidos... Es femenino... y evidente.

MARQ. (En tono de reproche.) ¡Gerardo!

RENÉ Hortensia es incapaz de semejante cosa.

FER. (Entrando.) La señora de Randier pregunta

al señor Conde si puede hablarle un momento.

GER. ¡Malo!

RENÉ Ya lo creo. Diga usted á la señora Randier que puede venir cuando guste. (Sale Fermín.)

GER. A pesar de todo, sé galante. Es el único medio para que no se acuerde de hablarte mal de tu mujer.

RENÉ No piensa en eso.

GER. Ahí te quedas. Elena, ¿vienes? Vamos á ver á Gabriela. De seguro nos anuncia que se quiere meter monja. (A René.) Muy galante: créeme á mí. Hasta ahora.

MARQ. (Al salir á Gerardo.) Ya ves cómo la quiere.

GER. ¡Cualquiera se lo iba á figurar! El mismo no se ha dado cuenta de ello hasta que ha empezado á estar celoso. (Salen.)

ESCENA III

RENÉ y HORTENSIA

HOR. (En la puerta, á Fermín.) Fermín, ¿es usted quien va á encargarse de que lleven el equipaje á la estación?

FER. No, señora; es el lacayo.

HOR. Dígale usted entonces que ya puede bajar mis maletas.

FER. Sí, señora.

RENÉ ¿Se marcha usted hoy decididamente?

HOR. ¿Le sorprende á usted?

RENÉ Me entristece.

HOR. A mí también, puede usted creerlo. Pero su mujer de usted me ha hecho ayer una nueva afrenta. Pablo hoy le ha hecho una afrenta más á Gabriela. Y le confieso á usted que á pesar del grandísimo disgusto que me causa separarme de usted, tengo prisa por salir de esta casa.

RENÉ ¿Cómo está Gabriela? La pobre debe tener mucha pena.

HOR. Sí que la tiene. Naturalmente, sufre al ver que Pablo renuncia de pronto á este matri-

monio que hace tan pocos días deseaba tanto.

RENÉ Sí; esa determinación de Pablo es inexplicable.

HOR. Acaso vale más no intentar explicársela.

RENÉ ¿Vale más dice usted?

HOR. ¿Para qué hablar de eso? René, es preciso que nos separemos; pero esté usted seguro de que suceda lo que suceda siempre tendrá usted un corazón en que buscar refugio.

RENÉ ¿Suceda lo que suceda? ¿Qué quiere usted decir?

HOR. Nada, nada. He hablado sin querer. En vez de pensar en la tristeza de marcharme, mi cariño es tan grande que solo se preocupa por usted.

RENÉ Hortensia, explíquese usted. No acabo de entender el sentido de sus palabras.

HOR. Hago mal en decirle á usted nada, lo sé.

RENÉ Si sabe usted el verdadero motivo de la ruptura entre Pablo y Gabriela, debe usted decírmelo... Sin duda la ruptura no es irrevocable. Aun estaría yo á tiempo de intervenir...

HOR. No se preocupe usted por Gabriela... Es joven y olvidará.

RENÉ Usted sabe por qué se ha retirado Pablo.

HOR. Sean las que quieran sus razones, Gabriela y yo no podemos hacer más que inclinarnos...

RENÉ Sí... se marchan ustedes. Lo comprendo: es natural. (Movimiento de Hortensia.) Pero yo tengo derecho á preguntarle á usted por qué... por qué Pablo ha hecho traición á su promesa.

HOR. Ya veo que no es mi marcha lo que le preocupa á usted.

RENÉ ¡Sí... pero usted comprende... usted comprende! Pablo no ha podido tomar en serio la coquetería de Juana: era demasiado aparente para ser sincera... Juana coqueteaba con él para desesperarme... Hay que ser tan chiquillo como Pablo para poderlo tomar en serio...

HOR. En efecto, Pablo, sin duda, exagera la importancia... (Se detiene.)

RENÉ Siga usted... siga. ¿Qué sabe usted? ¿Qué ha averiguado usted?

HOR No quiero responderle á usted.

RENÉ Entonces, ¿es qué sabe usted algo?

HOR. No sé más que lo que adivino y lo que me ha dicho Gabriela.

RENÉ ¿Qué le ha dicho á usted?

HOR Nada absolutamente que usted no se figure.

RENÉ Pablo le ha confesado á su hermana de usted que quería á Juana, ¿no es eso?

HOR. ¡Qué le importa á usted la jactancia de un chiquillo!

RENÉ ¡Ah! ¿Es qué se ha jactado de algo?

HOR. Vaya; no quiero contestarle á usted más.

RENÉ ¡Es admirable! ¡Admirable!

HOR. ¡No comprendo que se enfade usted así! Tiene gracia que sea yo la que tenga que recordarle á usted... ciertas cosas. Usted y su mujer están completamente alejados en cuestiones de espiritu... y de corazón, ¿no es eso? Lo único que les une á ustedes es cierta frágil comunidad de .. costumbres, creada por la vida... conyugal. ¿Cómo puede alterarle á usted tanto la idea de perder por completo á una mujer indiferente é indigna de usted?

RENÉ (Con violencia.) Pero... para atreverse á decir eso, ¿está usted segura de que mi mujer es culpable?

HOR. La indignación de usted es la que me lo hace creer.

RENÉ Me indigno contra la calumnia, contra la sospecha injuriosa para Juana...

HOR. Muy... nervioso le pone á usted una cuestión de amor propio.

RENÉ Se trata del honor de mi mujer... y basta.

HOR. Acaso: pero no deja de parecerme un poco extraño, puesto que usted no la quiere.

RENÉ ¡Es mi mujer!

HOR. Creí que le era á usted bastante indiferente, á juzgar por ciertas afirmaciones que ayer sin ir más lejos...

RENÉ La amistad que le tengo á usted no prueba nada contra mi mujer.

HOR. Puesto que esa amistad es la que le obliga á usted á abandonarla.

RENÉ Esta no es ocasión de recordármelo.

HOR. ¡Ay, René! ¿Sabe usted que está usted celoso?

RENÉ Usted perdone. Ha dicho usted todo lo nenecesario para conseguir que lo estuviese.

HOR. Tanto valdría confesar de una vez que la quiere usted.

RENÉ ¿A mi mujer? Naturalmente. ¡Creo que estoy en mi derecho!

HOR. Cálmese usted .. Naturalmente... puesto que usted lo dice... En vista de lo cual tengo el gusto de decirle á usted adiós... Procuraré olvidar.

RENÉ ¡Hortensia!

HOR. ¡Inútil! No me ofendo... pero hay ciertas franquezas... que hubiera usted podido suprimir. Mi marcha hubiera sido un poco menos triste... para mí al menos. (Sale inclinándose rápidamente delante de Gerardo que entra.)

ESCENA IV

RENÉ y GERARDO

GER. Pero, ¿es qué vas á reñir con todo el mundo?

RENÉ Si... usted no sabe.

GER. Me lo figuro.

RENÉ Me ha dado á entender que Juana ha sido culpable... que Pablo...

GER. Ya te he dicho que esa mujer está enamorada de tí.

RENÉ ¿A eso le llama usted amor?

GER. ¿No llamabas tú amistad á lo otro?

RENÉ ¡Mi mujer amante de Pablo! ¡Qué imbecilidad!

GER. ¿De modo que, á pesar de lo que te he dicho, has hecho caso á Hortensia?...

RENÉ Póngase usted en mi lugar.

GER. Eso sí que no...

RENÉ Ahora... ahora mismo... oyendo á Hortensia no sé lo que hubiera dado por saber lo que ella no quería decirme... ¡y al mismo tiempo me daba un miedo que lo dijese! ¡Ah! Cuando pienso que Pablo se ha atrevido...

GER. ¡Así me gusta! Enfurécete. Da un escándalo. Abofetea á Pablo. Rompe con tu mujer y vete á buscar á Hortensia. No os habéis separado muy cordialmente, pero estoy seguro de que te recibe con los brazos abiertos...

RENÉ ¡Padre!

GER. Vamos, vamos. ¡Estás excitadísimo y lo echarías todo á perder! Déjame á mí. . ¡Ah, Pablo! Ven conmigo...

RENÉ Necesito saber á toda costa... (Entra Pablo, que al ver á René se detiene desconcertado. René se acerca á él, muy pálido.)

GER. Ven conmigo. ¿Te figuras que así vas á averiguar la verdad?

RENÉ ¡Pablo!...

GER. (Interrumpiéndole.) Pablo... espérame aquí; tengo que hablarte. (Cogiendo á René del brazo.) ¿Vienes ó no vienes? (Le arrastra.)

ESCENA V

PABLO y JUANA. Pablo espera, muy inquieto. Entra Juana que pasa sin mirar á Pablo

PABLO ¡Juana!

JUANA Déjeme usted.

PABLO Espere usted un momento. Hábleme usted: se lo suplico. (Se coloca entre Juana y la puerta.)

JUANA ¿Qué quiere usted de mí todavía?

PABLO ¿Por qué no ha venido usted esta mañana? ¿Por qué no quiere usted hablar conmigo? ¿Por qué no ha tomado usted mi carta?

JUANA Ya le he pedido á usted que no vuelva á esta casa. ¡No quiero volver á verle á usted!...

PABLO Pero eso es imposible. Reflexione usted, Juana. Después de toda la felicidad que me ha hecho usted esperar; después...

JUANA ¡Oh!.. ¡Calle usted!

PABLO ¿Por qué me rechaza usted así? ¿Por qué me habla usted de ese modo? ¡La quiero á usted tanto!

JUANA (Quiere marcharse.) ¡Déjeme usted!

PABLO ¡La quiero á usted y usted también me quiere! ¡Te quiero!

JUANA Déjeme usted. ¡Me da usted horror!

PABLO (Retrocediendo.) ¿Qué? ¡Cómo!

JUANA Sí; horror. ¡No me mire usted así!

PABLO ¿Está usted loca?

JUANA Eso es. Loca. Lo que usted quiera. Figúrese usted lo que quiera. Desprécieme usted si le parece bien: está usted en su derecho.

PABLO Yo la respeto á usted. La respetaré siempre.

JUANA Pero yo he dejado de respetarme á mí misma.

PABLO ¡Juana!

JUANA Sí; me doy asco... vergüenza... ¡y no quiero llegar á aborrecerme!

PABLO ¡Aborrecerse, dice usted, por quererme á mí que tanto la he querido siempre!...

JUANA ¡Yo no le he querido á usted nunca!

PABLO ¡Juana!

JUANA ¡Nunca! sépalo usted: ni le quiero, ni le querré jamás, pase lo que pase.

PABLO No tiene usted derecho á hablar así.

JUANA ¡Derecho! ¡Le he tenido á perderme y no voy á tenerle á renegar de lo que me ha perdido! ¡Déjeme usted .. le digo!

PABLO Como usted quiera. Adiós.

ESCENA VI

GERARDO, PABLO y JUANA. Pablo va á salir. Gerardo, que ha entrado hace algunos instantes, le detiene

GER. ¿Dónde vas?

PABLO ¡Ah!

GER. ¿Dónde vas?

PABLO Me marcho. (Va á salir.)

GER. ¡Perdón! (Le detiene) ¡Mírame! ¿Te marchas? Mira, no es mala idea: es una solución. Vete, vete. Necesitas dar un paseo... un paseo lar-

go... de un año. Con eso te calmarás y reflexionarás... hasta que comprendas que no debe uno aprovechar el desacuerdo fugaz de un matrimonio para intentar desunirle irremediablemente... comprenderás también que el primer amante de una mujer suele ser ni más ni menos que... (Juana hace un movimiento para salir.) No te vayas, Juana; esto que le digo á Pablo no tiene nada que ver contigo; él es culpable de haber querido traicionar á René. Pero (Con intención.) entre tú y él no ha pasado nada, (Movimiento de Juana.) nada absolutamente.. ¿No es verdad? Responde.

PABLO (Muy pálido.) No, nada.

GER. En cuanto estés lejos de aquí te darás cuenta de que no has dejado de querer á Gabriela. Te recomiendo que des de cuándo en cuándo noticias de tu vida á mi mujer, que escribas á tu novia.

PABLO Ya no es mi novia.

GER. ¡Bah! Gabriela te quiere... no tienes nada que echarle en cara. No sé por qué has de renunciar á su mano... pero nos parece que eres todavía muy joven para casarte, y retrasamos un año la boda. ¡Eso es todo! ¿Conformes? Contéstame.

PABLO (Después de una pausa.) Como usted quiera.

GER. Bueno: vé á anunciar tu viaje á mi mujer, y despídete de ella. ¡Hasta la vista, hijo mío! Paséate mucho, y á ver si vuelves con más juicio.

PABLO (Muy emocionado, alarga la mano.) Padrino... perdóneme usted.

GER. No... dentro de un año. (Sale Pablo.)

ESCENA VII

GERARDO y JUANA. Pausa larga

JUANA (Alargando una carta á Gerardo.) Le he escrito esta carta á René.

GER. ¿Esta carta?

JUANA El decidirá lo que ha de ser de mí.

GER. ¿De modo que quieres confesarle? ..

JUANA (Con voz sorda.) Sí.

GER. ¿Y piensas que con eso vas á arreglarlo todo?

JUANA Al menos, habré cumplido con mi deber.

GER. ¿Vas á ser por eso menos culpable?

JUANA No puedo... no quiero engañar á René.

GER. Pero quieres hacerle desgraciado.

JUANA ¿Que remedio me queda?... Hay mujeres que después de faltar á su marido vuelven á él... Es que habían querido al amante... el amor acaso puede ser disculpa... purificar la falta. Yo... no es lo mismo.

GER. No se trata de tí, se trata de René.

JUANA ¿Qué me aconseja usted?

GER. En primer lugar, que rompas esta carta. (La rompe.)

JUANA ¿Qué ha hecho usted?

GER. No tienes derecho á imponer á René las consecuencias de tu falta.

JUANA ¿Quiere usted que le oculte lo que he hecho? ¿Cree usted que voy á tener valor para mentirle, para acercarme á él? ¡Ah, no! Se lo confesaré todo, todo. Después de haber caído en un momento de vértigo, no puedo mentirle, engañarle á sabiendas... siempre, todos los días.

GER. Es más fácil confesar una culpa que repararla.

JUANA Esta es irreparable.

GER. ¡Qué sabes tú!

JUANA No puedo, no puedo. ¿Cómo he de vivir, cómo he de levantar la cabeza, cómo he de consentir que siga creyéndome honrada? No, no; déjeme usted.

GER. ¿Dónde vas?

JUANA A buscarle, á decirle...

GER. Estás loca... Vamos á ver... escucha .. Supongamos que René te perdona...

JUANA ¡Es que no quiero que me perdone!

GER. Supongámoslo... te echas á sus pies: su magnanimidad te levanta... ¿Sabes con cuántas amarguras tendríais que pagar... los dos ese perdón? Aunque su compasión sea sincera,

aunque lo sea tu arrepentimiento, el recuerdo de lo que tú llamas irreparable estará para siempre entre vosotros. Cada palabra de tu marido, cada mirada, cada silencio te parecerán un reproche.

JUANA ¿Cree usted que aunque él no las pronuncie dejaré de estar oyendo á todas horas esas palabras de reproche que usted dice?

GER. Pero él no tendrá que sufrir la humillación de haberlas pronunciado.

JUANA Pero yo sufriré la de saber que tiene derecho á decírmelas.

GER. Habíamos quedado en que ahora no se trata de tí. Además, hemos puesto el caso en lo mejor. Hemos supuesto una clemencia casi inverosímil. ¿Y si no perdonase?

JUANA ¡Qué me importa!

GER. ¿Y si aunque perdonase no pudiese olvidar?

JUANA ¡Qué me importa!

GER. ¿Qué te importa, entonces?

JUANA Mi conciencia.

GER. ¡Tu conciencia! A buena hora se acuerda de ser escrupulosa.

JUANA ¡Padre!

GER. Perdóname. Tampoco yo sé lo que me digo.

JUANA ¿Y el cariño, el cariño que le tengo, y que, lo sé, no me dejaria engañarle? Parece mentira, ¿verdad? Yo, miserable; yo, mala mujer...

GER. ¡Juana!

JUANA Sí, mala mujer... Le quiero, le quiero con toda mi alma, le he querido siempre... ¡René, René! (Llora.)

GER. ¿Quieres que te diga la verdad? ¡Eres una grandísima egoísta!

JUANA ¿Yo?

GER. Sí: una niña mimada. ¿Sabes lo que buscas con tus sinceridades? No un castigo, no una expiación: una complicidad... Sí, alguien que se apiade de tí, que llore contigo, que te ayude á dormir el remordimiento con palabritas dulces.

JUANA No, no; que me atormente, que me desprecie, que me eche de su lado, que me mate.

GER. Pero que sufra. Ahí está el *quid*. Que sufra, que sea desgraciado para siempre por culpa de una chiquilla loca.

JUANA ¡Padre!

GER. Loca y mal educada, que á la primera contrariedad no ha encontrado cosa mejor para calmar el ataque de nervios, que echar por la ventana el amor y el honor de su marido... ridículamente torpe, conformes; pero también ridículamente fiel.

JUANA ¡Ay, de mí!

GER. Naturalmente, para completar la tragedia es preciso que el pobre hombre se entere, que no le falte el goce de sentirse ridículo, que experimente la voluptuosidad exquisita... para ella, de ir á buscar reparaciones pistola en mano, jugándose la vida para acabar de hundir, no diré la honra, porque la honra de un hombre no está en los nervios de su mujer; pero por lo menos..

JUANA ¿Batirse, dice usted?

GER. Naturalmente.

JUANA ¿Por mí?

GER. Tú dirás por quién. Y tú dirás si la tranquilidad, y acaso la vida de René, á quien tanto quieres, vale el sacrificio de unas cuantas palabras inútiles.

JUANA No sé, no sé.

GER. ¿No pides castigo? ¿No quieres expiar, hacer penitencia? Pues hazla callando, ya que tanto te cuesta el silencio.

JUANA ¿Y si me pregunta? Si me pide en nombre de nuestro cariño que le diga la verdad, ¿también me aconseja usted que siga mintiendo?

GER. Naturalmente.

JUANA No, no. Sería la más negra de las villanías. No soy ya una mujer honrada; pero en la vergüenza hay muchos escalones.

GER. Ahí tienes una mujer honrada. Pídele consejo.

ESCENA VIII

DICHOS y LA MARQUESA

JUANA ¡Madre!

MARQ. Juana: René viene al momento. Que no vea que has estado llorando.

JUANA Pero usted no sabe...

MARQ. No necesito saber nada; no quiero saber nada. Cálmate.

JUANA ¿Qué es esto, Dios mío? ¿También usted me pide que calle? ¿También usted se pone contra mí, contra su hijo?

MARQ. ¡Contra mi hijo! Ya ves si le querré, cuando por amor suyo te perdono.

JUANA No me perdone usted. No quiero que nadie me perdone. ¿Por qué quieren ustedes perdonarme todos? Déjenme que me vaya, que me muera. No me mire usted, no me mire usted, madre.

GER. Vamos, Juana.

MARQ. Te pido por René que te tranquilices.

JUANA ¡Pobre René! ¡Pobre René! Una chiquilla loca.. Sí, una chiquilla loca. ¡Tengan ustedes lástima de mí! (Echándose á los pies de la Marquesa.)

GER. ¡Juana!

JUANA Yo no sabía nada, nada de nada. Nadie me ha enseñado en la vida á ser buena ni mala. Estaba tan celosa, tenía tanta pena... La pena me ha perdido. La pena me ha enseñado luego á ser mujer; pero ya es tarde.

MARQ. Nunca es tarde para pagar las culpas sufriendo por ellas.

GER. René viene.

JUANA No puedo, no puedo. Si miento, si me callo, me moriré de horror, de vergüenza, de asco de mí misma.

MARQ. Juana, te pido por Dios, con toda mi autoridad, con toda mi angustia de madre, que tengas el valor de sufrir sola.

ESCENA IX

DICHOS y RENÉ

RENÉ — Les pido á ustedes que me disculpen por la conversación que quiero tener con mi mujer delante de ustedes. Juana: es preciso que me respondas lealmente, francamente.

JUANA — Responderé.

RENÉ — Por muy cruel que sea lo que tengas que confesarme, te pido que me digas la verdad, entera, sin consideración ninguna. Mírame cara á cara. ¿Qué ha pasado entre Pablo y tú?

JUANA — (Muy turbada.) ¡René!

RENÉ — (Muy conmovido.) Responde: Si en un momento de locura has olvidado los deberes que tenías para conmigo, dímelo lealmente, dímelo... y en nombre de nuestro cariño, haré lo posible por perdonarte.

JUANA — (Precipitándose hacia René, dispuesta á confesarlo todo.) ¡René, René! Yo...

GER. — Responde, Juana.

JUANA — (Dominándose.) Nunca he querido á nadie más que á tí.

RENÉ — (Mostrándole á su madre.) Juana: respetas á mi madre tanto cómo quisiste á la tuya. ¿Juras delante de ella que no me has engañado nunca?

MARQ. — ¡Juana!

JUANA — Lo juro por mi vida. No te he engañado nunca.

RENÉ — (Abrazando á Juana.) Gracias. Me has dicho la verdad. Pero aunque hubieras sido culpable, no hubieses debido confesármelo nunca. (Tristemente.) Hubiese sido muy desgraciado.

GER. — (Aparte.) Mentira piadosa.

JUANA — (Separándose de René.) ¡Ay de mí! (Telón.)

FIN DE LA COMEDIA

Queda prohibida en absoluto la venta de esta obra. La tirada se hace exclusivamente para servir los archivos de las Compañías que la representen en España, las cuales responderán de los ejemplares que con tal motivo se les faciliten.